

ARALAR

LINEA IDEOLOGICA

INDICE

Preludio

1. Señas de identidad de ARALAR
 - 1.1 Euskal Herria
 - 1.2 Territorialidad y ciudadanía
 - 1.3 Los ámbitos de decisión: la autodeterminación
 - 1.4 Otros ejercicios de soberanía. Europa y el mundo
2. Euskera
3. ARALAR, colectivo de izquierdas
 - 3.1 Nuevos tiempos, una izquierda abierta
 - 3.2 La izquierda como prioridad

Por una izquierda transformadora. Algunas ideas e intuiciones

4. Definiendo nuestra izquierda. Un primer acercamiento
5. La dignidad humana
6. La izquierda como opción de vida
7. Hacia la auto-constitución de la sociedad
8. Vocación transformadora
9. Actitud de construcción
10. Hacia un cambio de las conciencias y mentalidades
11. Protagonismo de la sociedad civil, la importancia de los movimientos sociales.
12. Individuo y comunidad, las dos caras de una misma moneda
13. Una izquierda desde y para Euskal Herria
14. Desobediencia civil como método
15. Sobre el Estado y sus funciones

Agenda para una izquierda del siglo XXI: algunos de los desafíos futuros

16. La globalización neoliberal, internacionalización de la solidaridad
17. Profundizar en la democracia
18. Por un modelo de desarrollo sostenible
19. De mujeres y hombres
20. Crisis del empleo, fin de la sociedad del trabajo
21. Sobre el Norte y el Sur
22. La sociedad vasca del futuro, una sociedad multicultural
23. Pluralismo, individualismo y crisis de sentido
24. El derecho a morir con dignidad

Por último

25. Por la recomposición del espacio político-social de la izquierda abertzale

ARALAR

Punto de encuentro de independentistas abertzales de izquierda

Preludio

1. Señas de identidad de ARALAR

ARALAR es un partido abertzale e independentista de izquierdas. El objetivo de su actividad política es la creación de la República Federal de Euskal Herria. Para ello impulsará la libre adhesión a ella de las personas que habitan los distintos territorios de Euskal Herria. Una República Democrática donde se conjuguen la democracia representativa y la participativa. Una República donde los intereses generales primen sobre los particulares, sin ejército y desmarcada de cualquier bloque militar. En política internacional, la solidaridad entre los pueblos será su divisa, y propugnará la Europa unida de los pueblos.

1.1. Euskal Herria

Euskal Herria está formada por siete territorios históricos: Araba, Bizkaia, Gipuzkoa, Lapurdi, Nafarroa Beherea, Nafarroa Garaia y Zuberoa. Existen además los enclaves del Condado de Trebiño y Villaverde de Trucios en Hegoalde, así como el municipio euskaldun de Eskiula bajo administración bearnesa en Iparralde. ARALAR dirigirá su acción política a favor de que los habitantes de Trebiño y Villaverde de Trucios se encaminen hacia su incorporación a Araba y Bizkaia respectivamente, así como para que la población de Eskiula pueda decidir su futuro.

Nuestro pueblo goza de una larga historia. El padre Barandiaran dudaba de la importancia de unos pocos siglos, los últimos, para un pueblo que cuenta con miles de años, pero parece que la tienen. Fruto de esa larga y enrevesada historia es la compleja situación que actualmente vivimos. Como botón de muestra, los vascos incluso tenemos por objeto de discusión el número de herrialdes que componen Euskal Herria.

Sin embargo, existen conceptos claros: Euskal Herria posee una extensión de 20.864 kilómetros cuadrados. Ya a mediados del siglo XIX el Príncipe Bonaparte dejó constancia de ello en un mapa que elaboró al estudiar los dialectos vascos.

Por otro lado, también parece evidente que si los vascos hemos existido a través de los siglos hasta nuestros días, no ha podido ser sino por la firme voluntad de nuestro pueblo en ese empeño: hemos mantenido y reconstruido nuestra personalidad, y ése sigue siendo nuestro deseo, seguir siendo nosotros mismos.

Euskal Herria es un concepto histórico, geográfico y cultural. Y también político. Desde el punto de vista histórico, geográfico y cultural Euskal Herria lo componen los siete territorios

mencionados. Sin embargo, ser parte del concepto político de Euskal Herria —en cualquiera de los niveles posibles, es decir, desde la mera autonomía hasta la república independiente— ha de constituir una decisión voluntaria de las personas que viven en esa Euskal Herria entendida en términos históricos, geográficos y culturales. La República de Euskal Herria se ha de edificar sobre la libre adhesión de sus ciudadanos, y ha de realizarse sin mezclar los distintos ámbitos: podría suceder que en un determinado momento la República de Euskal Herria no abarcara en su seno todos los territorios vascos, pero eso no querría decir que aquellos territorios que no conformasen tal realidad política fueran excluidos del concepto de Euskal Herria (en lo que se refiere a su acepción histórica, geográfica y cultural).

1.2 Territorialidad y ciudadanía

Por todo lo dicho, la izquierda abertzale ha de replantearse el concepto de territorialidad. Éste no puede erigirse en un concepto cerrado, que se fundamente exclusivamente en criterios históricos o culturales, y que otorgue mayor relevancia al territorio físico que a las propias personas que lo habitan. Los siete territorios históricos que componen Euskal Herria conforman el límite de nuestro territorio. Dichos territorios son los que, si las cosas marchan como deseamos, conformarán la futura República de Euskal Herria. La labor de los abertzales independentistas consiste en lograr la libre adhesión de los ciudadanos y ciudadanas de dichos territorios. Por tanto, consideramos que la decisión sobre el presente y sobre el futuro no compete al territorio, sino a sus habitantes.

La soberanía de los ciudadanos y ciudadanas no solo sirve en el plano de las relaciones con otros estados: también ha de valer para definir la propia estructuración interna del país. Si lanzamos una mirada a la historia, veremos que hace 500 años Castilla conquistó el Reino de Navarra. La conquistó en su totalidad. Posteriormente, debido a las dificultades para su “defensa”, Castilla decidió abandonar la merindad de Garazi. Por avatares de la historia, finalmente los Reinos de Navarra y Francia se unieron. Han transcurrido 500 años desde tales acontecimientos históricos, y en la actualidad es innegable que Nafarroa Beherea y Nafarroa Garaia gozan cada una de su propia personalidad. Es lógico, por tanto, que los bajonavarros decidan qué tipo de vertebración desean para el futuro. Es evidente que los territorios históricos han sido muy importantes en la historia de Euskal Herria, y hoy por hoy, los vascos en general sentimos una notable identificación con los territorios a los que pertenecemos. Las Diputaciones Forales son instituciones que siguen muy vivas en Hegoalde, y su significación trasciende su carácter de meras circunscripciones electorales. Los territorios que conforman Euskal Herria han labrado su propia personalidad, y es lógico y legítimo que tales particularidades sean respetadas.

1.3 Los ámbitos de decisión: la autodeterminación.

La autodeterminación es el objetivo intermedio en el camino de la vertebración política de una Euskal Herria soberana. En el caso de constituirnos como país independiente, lo haremos a partir de la libre decisión de la ciudadanía vasca. Por ello, proclamamos y exigimos el derecho de autodeterminación. Es un derecho que se nos debe.

La autodeterminación, en tanto derecho, no es para ejercerla una sola vez. Entendemos el ejercicio de la autodeterminación como una posibilidad que debe mantenerse abierta, una opción que va más allá de su concreción en un único referéndum. Una Euskal Herria soberana —sea independiente o no— siempre tendrá la oportunidad de decidir libremente su futuro, y las sucesivas generaciones de vascos la podrán ejercitar tantas veces quieran.

Entendemos el derecho de autodeterminación como un concepto fuertemente ligado a un planteamiento de izquierdas: la decisión compete al pueblo. Resulta obvio que se trata un tema que necesita ser regulado, pero su regulación debe llevarse a cabo desde la consideración de que constituye uno de los pilares de la democracia participativa. En vez de limitar tal derecho, su regulación debe centrarse en canalizarlo adecuadamente y señalar los distintos pasos

para el ejercicio de dicho derecho. Habrá que decidir, por ejemplo, cuántos electos que representan al conjunto de los ciudadanos y ciudadanas se requieren para que se utilice tal derecho; o habrá que regular cuántas firmas ciudadanas son necesarias en una determinada circunscripción electoral para poder realizarse una consulta popular.

Por otra parte, no podemos olvidar que el no ejercicio del derecho de la autodeterminación puede ser también una decisión soberana.

Euskal Herria es un pueblo estructurado en base a sus distintos territorios históricos, no sólo como consecuencia de la imposición política, sino también como reflejo de su propia dinámica histórica. Por ello, sostenemos que es Euskal Herria en su conjunto el sujeto del derecho de autodeterminación, y que el ejercicio de dicho derecho podría concretarse en los distintos ámbitos político-administrativos en los que se enmarcan los distintos territorios. Es decir, el sujeto de la autodeterminación es Euskal Herria, pero el ámbito de decisión podrían conformarlo los diferentes territorios.

ARALAR pretende conseguir la independencia por medio del ejercicio del derecho de autodeterminación.

1.4 Otros ejercicios de soberanía. Europa y el mundo

La Euskal Herria soberana llegará a la independencia a través del ejercicio del derecho de autodeterminación. La República Federal de Euskal Herria ha de decidir su lugar en el concierto internacional: no olvidemos que los vascos de Hegoalde, cuando tuvimos ocasión de manifestar nuestra opinión, nos expresamos en contra de la OTAN.

De la misma forma, también tendremos que decidir si queremos seguir siendo miembros de la Unión Europea. ARALAR apuesta por la estructuración política de Europa, pues Europa constituye un ámbito histórico y geográfico, además de culturalmente muy diverso, que no tiene por qué conformar necesariamente una realidad política. La configuración política de Europa habrá de ser la que queramos las ciudadanas y ciudadanos europeos, y nuestra apuesta pasa por una Europa que se fundamente en el control democrático ejercido por su ciudadanía.

Debemos analizar con precisión la actual Unión Europea, pues aparece dominada por macroestructuras que cuentan con un serio déficit en lo que respecta a las posibilidades de control ciudadano. Esto es especialmente notorio en el mundo financiero: bajo el supuesto de que lo harán mejor, se han dejado muchas entidades —por ejemplo el Banco Central Europeo— bajo la tutela de los técnicos, quienes difícilmente rinden cuentas a ningún poder democráticamente elegido. Sabedores de éste y otros muchos vacíos de legitimidad, quienes conformamos ARALAR reivindicamos una Europa de los Pueblos.

2. Euskara

“El euskara es nuestro único territorio libre”. La frase tomada a Joseba Sarrionandia, a nuestro entender refleja muy bien el profundo sentimiento de muchos vascos hacia su lengua e identidad cultural. Euskal Herria significa el pueblo del euskara. Pues bien, la Unesco augura que el euskara no seguirá existiendo a finales de este siglo. Y, por lo tanto, tampoco Euskal Herria. En Iparralde el proceso está muy avanzado: el euskara está cada vez más arrinconado y en peor situación, y sus hablantes son cada vez menos numerosos y más viejos; el euskara es una lengua extraña en muchos sectores de la sociedad. En lo que respecta a Navarra, España ha elegido al euskara como objetivo de sus más virulentos ataques. También ellos saben muy bien que sin euskara no hay Euskal Herria, y por ello quieren españolizar Navarra de una vez por todas. En la Euskal Herria occidental las cosas están algo mejor: el euskara es lengua oficial, y los y las vascoparlantes somos poseedores de derechos y oportunidades que no habíamos conocido hasta ahora. Están mejor las cosas, pero no está claro que vayan a mejor. En España parece tenerse claro, tanto en lo que se refiere a nuestra zona occidental como oriental, que a

este pueblo no puede dejarse la pista libre, sin obstáculos, porque en ese caso echaría a volar. Por eso se empeña en crear todo tipo de problemas y dificultades. Ahí están los casos de AEK, ikastolas, el modelo D, Euskaldunon Egunkaria, euskara batua, los perfiles lingüísticos de las diferentes administraciones... Existe alguna persona que haya luchado por una Euskal Herria euskaldun y que no haya sido agredida alguna vez?

Los vascos y las vascas —y también ARALAR como colectivo— tenemos que empezar a pensar por nuestra cuenta, y a diseñar e implementar nuestra propia agenda. No podemos limitarnos a una estrategia de respuesta ante las constantes agresiones: tenemos que comenzar a construir.

También en lo que respecta a nuestra lengua hemos de buscar la libre adhesión. El euskara cuenta con un buen número de hablantes —el doble que el islandés—, lo suficiente como para conformar una relativamente sólida comunidad lingüística. Pero para ello es imprescindible la voluntad de las y los ciudadanos. Y es necesario marcar objetivos y prioridades que guíen nuestra actuación: ante todo, y como primer punto, debemos garantizar que al finalizar el período de enseñanza obligatoria las niñas y los niños puedan haber adquirido el euskara, de la misma manera que otros idiomas como el francés y castellano. ¿Y qué hacer para pasar de ser meros concededores a ser vascoparlantes? Tendremos que afinar mucho para conjugar la lucha por la defensa de nuestros derechos lingüísticos con las estrategias de atracción hacia nuestra lengua de más hablantes.

La realidad de Euskal Herria es tan compleja que las estrategias habrán de ser múltiples. Pero el objetivo es claro para quienes conformamos ARALAR: una Euskal Herria euskaldun, formada por personas plurilingües. Somos conscientes de que dicho objetivo no es alcanzable a corto plazo, y que será necesario un proceso que dure varias generaciones. Para que tal viaje nos lleve al destino deseado, habrá que partir de la realidad sociolingüística actual, considerar cada situación y respetar la realidad concreta de cada lugar. Así pues, somos partidarios de combinar el respeto tanto a los derechos lingüísticos de cada persona, como a las opciones lingüísticas de cada individuo.

Debemos sacar al euskara y su proceso de normalización del ámbito estricto de la cultura, y trasladarlo al conjunto de la sociedad, porque nos vamos habituando a una consideración del euskara como mero distintivo de nuestro ser cultural, mientras que en el resto de ámbitos sociales es considerado un elemento de segundo rango, por ejemplo en el terreno socio-económico. Por todo ello, ARALAR no abordará las labores de normalización del euskara desde el campo de la cultura, sino desde estructuras creadas expresamente para esa función y que partan de la interrelación de los distintos campos.

3. ARALAR, colectivo de izquierdas

Con nuestro Congreso Constituyente hemos dado cuerpo y alma a un nuevo colectivo socio-político, y hemos definido los principales rasgos de la personalidad colectiva del mismo. ARALAR lo componemos gente distinta, de tradiciones y orígenes ideológicos diversos, y como consecuencia de ello, deberemos construir nuestra peculiar mirada a partir del respeto y la aceptación de dichas diferencias.

Debiéramos concebir tales diferencias como un valor enriquecedor, y por tanto, como un activo a defender e impulsar, no como un mal que necesariamente debemos aceptar, siempre y cuando, claro está, nuestras diferencias no quiebren el mínimo común denominador por el que nos conformamos en grupo. El consenso en todas las apreciaciones y lecturas de la realidad, por un lado, es imposible, y por otro, aunque fuera posible no es deseable, ya que supone la semilla de dinámicas uniformizadoras, excluyentes, dogmáticas y totalitarias.

Hemos, por tanto, construido nuestros consensos, aquellas ideas y valores que conforman nuestra forma de ver las cosas. Todo ello teniendo en cuenta que lo más interesante no reside en construir un bello edificio ideológico-teórico, sino una práctica que sepa ser coherente con la palabra.

Reconocemos en la izquierda uno de los conceptos fundamentales de la personalidad de ARALAR. Dicho esto, se nos impone la labor de construir un mínimo corpus compartido en torno a dicho concepto. Los rasgos de nuestra personalidad colectiva están más claros en lo que respecta a nuestra visión en torno a la liberación nacional de nuestro pueblo. Quienes conformamos ARALAR identificamos de forma más o menos nítida el estilo y la perspectiva de nuestro abertzalismo, y la sociedad vasca posee también ciertas referencias de nuestra tonalidad abertzale.

En lo que respecta a nuestro carácter de izquierdas, las incógnitas son mayores, ya que como todos sabemos, las principales circunstancias y razones que han motivado el surgimiento de nuestro colectivo vienen vinculadas a la cuestión nacional. Pero se nos presenta, al mismo tiempo, la necesidad de consensuar una perspectiva de izquierdas sólida y abierta, y tenemos en nuestras manos la oportunidad de renovar también la izquierda de la izquierda abertzale.

ARALAR se define como un colectivo de izquierdas y socialista. Encontramos en el Socialismo la principal identificación de la izquierda que queremos. A partir de ahí nos queda prácticamente todo: definir qué queremos decir con ese término, e imaginar el marco ideológico, los modelos de praxis política y las (mínimas) bases de pensamiento que servirán a nuestra actuación política.

En el nacimiento de un nuevo colectivo lo primero es articular las perspectivas y principios básicos. Por ello, nos conviene comenzar desde la generalidad, para a partir de ese punto comenzar a recorrer el camino hacia lo concreto. Las líneas que siguen son un intento de construir una visión general, a la que debieran seguir, en esfuerzos posteriores, planteamientos más concretos, con el objeto de descender, así, al escenario propiamente programático.

3.1 Nuevos tiempos, una izquierda abierta

Ya hemos indicado que ARALAR ha emergido principalmente de una forma de entender la construcción nacional no coincidente con otras formulaciones de la izquierda abertzale, un modo de ver las cosas que nos diferencia del resto de organizaciones vinculadas a dicho espacio social y político. Al mismo tiempo, podemos entender este momento como la oportunidad de construir una visión de izquierdas a partir de un ejercicio abierto y un trabajo profundo de renovación de formulaciones anteriores.

En el tiempo histórico que vivimos y desde una posición de izquierdas, existe una necesidad ampliamente aceptada de repensar dicha izquierda, con el objeto de crear nuevas perspectivas y renovar el pensamiento. En el proyecto histórico del socialismo, muchas de sus expresiones políticas e ideas interpretativas de la realidad han quedado desfasadas o superadas. Nos disponemos a edificar un colectivo de izquierdas en un tiempo histórico en el que la izquierda experimenta una profunda crisis, más en lo que respecta a su proyecto estratégico-ideológico que a sus valores y referencias históricas. A eso debemos añadir la desorientación producida por la globalización. Sabemos que la izquierda del siglo XXI no será la de finales del siglo XIX, y tampoco podrá ser la misma que la izquierda del siglo XX.

Vivimos un nuevo tiempo histórico, y esto exige una actitud abierta para crear nuevos moldes. Para empezar, nos corresponde tomar conciencia de que estamos ya en un nuevo ciclo histórico marcado por diversos y profundos cambios:

- ◆ La revolución tecnológica (nuevas tecnologías de la información y la comunicación, microelectrónica, robótica, nueva tecnología para armamentos, bioingeniería, biogenética...),
- ◆ la crisis de la sociedad del trabajo,
- ◆ el advenimiento de una sociedad capitalista postindustrial e informacional,
- ◆ la globalización (económica, social, política, cultural, y de la vida cotidiana),
- ◆ el progresivo empobrecimiento del Sur del planeta,

- ◆ la crisis del Estado del Bienestar,
- ◆ la crisis del estado-nación, por arriba (la creación de estructuras supraestatales como consecuencia del proceso mundial de reconversión capitalista: la Unión Europea; MERCOSUR; la NAFTA de EEUU, Canadá y México; ...), y por abajo (emergencia de nacionalismos, particularismos y exigencias de descentralización territorial),
 - ◆ la creciente privatización e individualización en las sociedades desarrolladas,
 - ◆ la crisis de sentido que experimentan las sociedades occidentales (crisis de valores y crisis de orientación),
 - ◆ la emergencia de identidades étnicas y religiosas en diferentes puntos del mundo,
 - ◆ una crisis ecológica global sin precedentes en la historia,
 - ◆ la pérdida alarmante de la diversidad cultural del planeta,
 - ◆ El alargamiento de la esperanza de vida y el envejecimiento de la población, especialmente en el primer mundo,
 - ◆ El desarrollo impresionante de las ciencias biológicas que han otorgado a la humanidad el poder de controlar la vida,
 - ◆ ...

En opinión de muchos, nos encontramos en un tiempo de mutación histórica comparable al que se dio con el paso de las formaciones sociales preindustriales a las sociedades industriales y capitalistas. Son muchos los que hablan de un cambio de civilización.

En este contexto tan peculiar no está tan claro qué significa ser socialista y qué supone constituir un proyecto de izquierdas. En buena medida, las sólidas certezas y las recetas seguras de la izquierda del siglo XX han dado paso a cierta perplejidad y mucha incertidumbre. Contaba Eduardo Galeano que alguien escribió lo siguiente en una pared de la ciudad de Quito: "cuando teníamos todas las respuestas, nos cambiaron las preguntas". El mundo ha cambiado y está cambiando, y lo hace, además, a una velocidad de vértigo.

Hemos conocido la caída de los regímenes del llamado socialismo real. Básicamente, han constituido regímenes policiales y autoritarios, basados en la negación de la libertad, la democracia, y al fin y al cabo, del propio socialismo, pues no hay socialismo sin democracia. Las recetas keynesianas –aquellas que han constituido la base de la filosofía y praxis socialdemócrata- experimentan tiempos de reformulación por el camino de la llamada Tercera Vía; terminó ya el modelo de acumulación y desarrollo posterior a la segunda guerra mundial. Por último, hemos asistido al reforzamiento del proyecto económico y social del liberalismo. En este principio de siglo, por tanto, se impone la labor de construir una izquierda posterior al muro de Berlín y posterior también al keynesianismo (al menos el clásico). Y al mismo tiempo, una izquierda que pueda enfrentarse al proyecto económico, social y cultural de la globalización neoliberal.

Nos ha tocado vivir un tiempo apasionante, atravesado por el cambio, y a este tiempo histórico corresponde una actitud flexible y no dogmática, una posición abierta a nuevas definiciones y prácticas renovadas, a partir de la fidelidad a los valores, principios, motivaciones e intuiciones básicas de la izquierda. En este nuevo ciclo histórico la izquierda debe repensar sus bases ideológicas y de pensamiento, con el objeto de ir dibujando los nuevos perfiles que requiere un proyecto de emancipación humana en la actualidad. Por ello, el hecho de que las mujeres y hombres de ARALAR construyamos 'nuestra definición de la izquierda' no supone que reivindicemos un marco de interpretación y un cuerpo ideológico seguro e inamovible. Más que nunca, la izquierda necesita de una actitud abierta, porque en este momento de la historia la izquierda requiere de creatividad, más que de recetas conocidas y viejas consignas. Además, el camino de la creatividad humana siempre debe mantenerse abierto, ahora y siempre, pues las generaciones jóvenes necesitan construir sus propias definiciones.

Desde nuestra humildad, los hombres y mujeres de ARALAR nos reconocemos en este peculiar tiempo histórico y en la mencionada labor de renovación, es decir, en una labor de reconstrucción de una izquierda abierta, no dogmática, transformadora, antiautoritaria, renovadora y crítica.

3.2 La izquierda como prioridad

Para empezar, desde este espíritu de renovación queremos subrayar precisamente la importancia que otorgamos a nuestro carácter de izquierdas, porque no lo entendemos como una característica de segundo rango. ARALAR no considera su naturaleza de izquierdas en el marco de un proyecto que prioriza otros aspectos, y su carácter socialista no se subordina a ninguna otra cuestión.

La actividad política que tradicionalmente ha desplegado la principal referencia socio-política de la izquierda abertzale ha padecido de cierta dejación en lo que respecta a su sensibilidad de izquierdas y la acción política derivada de dicha sensibilidad. Por ello, deseamos afirmar la importancia de este rasgo en la articulación de nuestra identidad política.

En este sentido, las mujeres y hombres de ARALAR nos sentimos comprometidos con el proyecto nacional *de izquierdas* al que históricamente ha pretendido dar cuerpo la izquierda abertzale.

Por una izquierda transformadora: algunas ideas e intuiciones

4. Definiendo nuestra izquierda. Un primer acercamiento

La izquierda con la que nos identificamos no se define sólo sobre la base de una crítica económica del sistema capitalista. Constituye un pensamiento y una práctica contra todo tipo de opresión, y fundamentada en determinados valores e ideas-fuerza: igualdad, libertad, democracia, solidaridad, derechos humanos, ecología, justicia social, feminismo, antimilitarismo... En el corazón de la izquierda habita una actitud crítica con el estado de cosas vigente, un deseo de cambio y mejora social, en la dirección de la emancipación humana. La izquierda reivindica otra lógica civilizatoria, y en lo más profundo de su ser reside un sentimiento de indignación ética ante fenómenos como la opresión, la miseria, el hambre, la explotación, la injusticia, el abuso de poder, la humillación, el sufrimiento, la ignorancia, o la pobreza.

ARALAR tiene su referencia en el Socialismo, y deseamos construir una izquierda democrática y transformadora que incida en el sentido de poner en manos de la sociedad y sus ciudadanas y ciudadanos, el poder de disponer de sus vidas. Queremos aportar en la dirección de reforzar y ampliar las posibilidades de gobierno sobre los procesos económicos, sociales, políticos y culturales que recorren nuestra vida individual y social. Deseamos una progresiva y creciente democratización de los poderes económicos, sociales, políticos y culturales, tanto en Euskal Herria, como en Europa y el mundo. Junto con la protección de las y los desfavorecidos, la lucha a favor de un modelo de desarrollo sostenible y el equilibrio con la naturaleza son parte esencial de nuestra identidad.

5. La dignidad humana

La *emancipación humana* puede ser considerada como el objetivo último de los diferentes proyectos históricos de la izquierda. ¿Pero qué significa esto? La que sigue es una de las respuestas posibles: la lucha contra el sufrimiento humano ha constituido el principal motivo de los diferentes proyectos y tradiciones de la izquierda. La opción de izquierdas es aquella que lucha contra el sufrimiento humano (sobre todo, contra el sufrimiento de los vencidos y los

oprimidos), aquel sufrimiento que más allá del inevitable e inherente a toda vida humana (el dolor, la muerte, la soledad, la angustia...), tiene sus raíces en la organización social y en un determinado modelo de convivencia, y este tipo de sufrimiento humano es el susceptible de solución a partir de la acción política.

En términos más positivos, podemos convenir que las diferentes tradiciones históricas de la izquierda se fundamentan en la defensa de la *dignidad humana*, en la lucha a favor del desarrollo pleno de las potencialidades, capacidades y personalidad humanas. Las personas somos el objetivo primero y último de cualquier iniciativa política, no instrumentos o medios de la misma. El desarrollo integral de la persona y de la comunidad supone un desarrollo multidimensional: individual, comunitario, económico, social, cultural, estético, artístico, político, ético, espiritual...

6. La izquierda como opción de vida

Ser de izquierdas es algo más que adherirse a un conjunto de ideas y una actividad política determinada. Más allá de las teorías y estrategias políticas, ser de izquierdas significa adoptar un compromiso en la vida de cada uno. Son determinadas formas de ser y vivir las que, junto con otros aspectos, nos acercan a una visión política u otra. En este sentido, los hombres y mujeres de ARALAR reivindicamos el estrecho vínculo entre la opción política y la opción de vida, porque la vida cotidiana constituye un campo abierto y rico en posibilidades de aplicación de una visión y unos principios éticos que corresponden a una sensibilidad de izquierdas.

Por tanto, la izquierda, entre otras cosas, es una forma de ser, un *ethos*, un estilo de vida. Como colectivo político, reivindicamos la vinculación entre política y vida. El territorio conformado por las relaciones humanas cercanas, es un territorio privilegiado para la práctica de unos estilos de vida y de unos determinados comportamientos. Las iniciativas en favor de la justicia social, la actitud contraria a los abusos de poder, la sensibilidad ante el sufrimiento de los otros... todos ellos constituyen valores y formas de comportamiento que las personas que conformamos ARALAR podemos ayudar a solidificar en nuestro alrededor, sabiendo que la perfección no existe, y que (afortunadamente) somos limitados, y por ello, sabiendo que los intentos de cambiar nuestro entorno más cercano vienen irremediabilmente envueltos en contradicciones e incoherencias.

Desde esta concepción de la izquierda y del socialismo, no tenemos por qué esperar a una hipotética futura sociedad socialista para comenzar a construir el modelo de sociedad que deseamos. Incidir de la forma más coherente posible en el pequeño universo que está al alcance de nuestras acciones es una forma de contribuir a otro modelo de convivencia humana. Por tanto, el proyecto de izquierdas y la cultura solidaria no son simplemente alternativas para el futuro. Podemos adoptar otras formas de vida y otras formas de relación humana aquí y ahora. La utopía (aquello que no tiene *topos* o lugar) dibuja el futuro, pero además de ello, puede y debe constituir una forma de ubicarse en el presente, de relacionarse con los demás, y un intento de conducir nuestras vidas conforme a lo que defendemos.

Desde esta perspectiva, debemos también buscar la coherencia a la hora de articular nuestra propia organización. La organización debe reflejar la izquierda transformadora, no sectaria, abierta y antiautoritaria que queremos construir.

7. Hacia la auto-constitución de la sociedad

El proyecto de la izquierda puede ser entendido como la búsqueda de la autonomía tanto individual como social. La autonomía (darse la propia ley) es el objetivo y también el camino: en la búsqueda del desarrollo integral de las personas, así como de la instauración de una sociedad más justa y libre, deseamos el protagonismo y la participación democrática, madura y consciente de las personas y los colectivos. La autonomía es la finalidad última, y también el

camino a recorrer. Tan importante es el recorrido como el objetivo último, pues todo recorrido es portador de objetivos, y a la inversa.

Por ello, nos adherimos a la lucha a favor de una sociedad crecientemente autogestionada y autoconstituida: reivindicamos un modelo de sociedad basado en posibilidades crecientes de autogobierno personal y colectivo, porque la extensión del autogobierno a todos los ámbitos de la vida social es la expresión de la verdadera democratización y distribución equilibrada del poder. La transformación social que defendemos es aquella que refuerza la posibilidad de autoconstituirse en los diferentes ámbitos de la vida social: economía, política, ayuntamientos y vida municipal, empresas, cultura, salud, tiempo libre...

Rechazamos el modelo de sociedad en el que la vida de las personas viene fundamentalmente determinada por condicionamientos externos, es decir, un modelo marcado por condiciones de heteronomía. Y en estos últimos tiempos, dichas condiciones se han visto reforzadas como consecuencia de la globalización. Reivindicamos un proyecto de autonomía, siempre relativa (como consecuencia de las limitaciones de la vida en común) y entendida en un tiempo de creciente interdependencia de las sociedades humanas: la liberación de las personas y comunidades de sujeciones externas, y el reforzamiento de los procesos de auto-construcción de la vida personal y colectiva. Frente a un sujeto administrado por lógicas que no le son propias, reivindicamos el derecho de las personas y las comunidades a administrarse según su ley. Por ello, defendemos como ideal la participación social activa de las personas en todos los ámbitos de la vida social: educación, economía, política, cultura, dinámicas populares...

La autonomía marca la dirección que deseamos, es decir, constituirnos en protagonistas de nuestra pequeña historia, como individuos y como país. En la autonomía identificamos nuestro rumbo, la profunda democratización social que deseamos (no sólo político-institucional).

8. Vocación transformadora

El universo de la izquierda siempre ha estado compuesto por diferentes estilos y praxis, y así es también hoy. El espacio social y político de la izquierda ha sido siempre plural, conformado por diversas corrientes y tradiciones históricas: comunistas, anarquistas, socialistas-marxistas, socialistas utópicos, leninistas, maoístas, trotskistas, humanistas, socialdemócratas...

Simplificando, en la escena política de nuestras sociedades modernas podemos diferenciar dos tipos significativos de izquierdas: el perfil suave que representa la socialdemocracia, por un lado; y por otro, la otra izquierda, diversa y crítica, orientada hacia la transformación social.

La primera de ellas ha ocupado importantes posiciones de poder en los últimos años (a pesar del reciente reforzamiento de la derecha): Schröder en Alemania (tendencia denominada 'Nuevo Centro'), Blair en Inglaterra, Jospin en Francia y D'Alema en Italia constituyen las referencias más significativas. En cierta medida, hay que reconocer a estos gobiernos la implementación de ciertas medidas y políticas progresistas. Los desafíos y dificultades que dichos gobiernos han debido encarar suponen lecciones importantes que requieren consideración. Por ejemplo, la propuesta francesa en torno a la jornada semanal de 35 horas. El hecho de que dicha izquierda se haya hecho con importantes gobiernos europeos es para muchos una muestra importante de la tendencia antineoliberal de buena parte de la opinión pública europea. Sin embargo, en lo fundamental dicha izquierda se ha erigido en un gestor eficaz del capitalismo, y se percibe una clara tendencia social-liberal (especialmente en el caso del nuevo laborismo de Blair). Como consecuencia de ello, en los últimos tiempos no ha resultado fácil establecer una línea divisoria clara entre la izquierda y la derecha, ya que la mayoría de las expresiones políticas parecen constituir diversos ingredientes de una misma receta neoliberal.

ARALAR hace suyo el deseo de transformación social; hace suyo un estilo, un pensamiento y una práctica de izquierdas que no pretenden vertebrarse en la labor de mitigar y

paliar los vacíos y sinsabores del sistema. Nos reconocemos en el espejo de una izquierda que desea el cambio social, y afirmamos nuestra vocación de dirigir nuestra práctica política en tal dirección.

La izquierda se enfrenta a un desafío importante si quiere realmente incidir en la sociedad vasca. Por un lado, no puede negarse a la participación en el plano político-institucional, refugiándose, por ejemplo, en la perfección y pureza de los principios teóricos, porque en ese plano se ubica uno de los núcleos importantes de decisión de nuestra sociedad. Además, difícilmente podremos crear nada en el reino seguro pero inoperante del idealismo. La izquierda debe demostrar que es capaz de mejorar la calidad de vida de las ciudadanas y ciudadanos, de encauzar medidas solidarias, de implementar políticas para una mayor cohesión social. Y la actuación institucional generalmente nos introduce en una red de contradicciones, de aceptación de los límites, de equilibrios y tensiones difíciles, porque la realidad siempre es difícil y contradictoria. Pero en esa dirección existe un espacio más o menos amplio, más o menos estrecho, para activar iniciativas parciales a favor del cambio social.

Se puede actuar a favor de cambios parciales, teniendo presente un programa político global y una proyección de cambio social más a largo plazo. Una actividad política que impulse reformas no tiene por qué suponer un reformismo funcional al estado de cosas vigente. No es lo mismo 'cambiar algo para que no cambie nada' o 'cambiar algo, en una dirección amplia de ir transformando la sociedad'. Nos sentimos parte de esta segunda visión ('reformas no reformistas'), y para esa labor es necesaria una perspectiva radical, en el sentido etimológico del término: debemos fijar la atención en las causas estructurales y profundas de los problemas, huyendo de tratamientos simples y superficiales. Dicha mirada nos pondrá en posición de construir alternativas parciales y/o globales a los problemas.

Tanto la perspectiva evolucionista (evolución más que revolución) como la política institucional poseen peligros y limitaciones que no podemos perder de vista. La izquierda también debe alimentar los antagonismos, aquellos que propugnen cambios sustanciales en el orden social, pues debemos recordar que el conflicto constituye un motor importante para el cambio. Por ello, nos comprometemos con una labor de reforzamiento del espacio social, cultural y político de la izquierda, y con la extensión en la sociedad vasca de una cultura y conciencia críticas. Así, insertamos las actividades institucionales en esta visión de la izquierda, visión que huye de la posibilidad de convertir a la izquierda exclusivamente en gestor y vía de legitimación de un sistema que no es el suyo. La práctica política de la izquierda no puede limitarse a la gestión de los medios sin cuestionar las finalidades, y sin denunciar los consensos hegemónicos que sostienen las relaciones de dominación.

Podemos y queremos comprometernos con la mejora gradual de nuestra realidad social, sin perder de vista nuestros ideales y modelos finalistas. Esta difícil tensión es uno de los equilibrios que la izquierda deberá administrar en el futuro, y para ese desafío se requiere creatividad e imaginación. Por otro lado, hacemos nuestros los valores de lucha, rebeldía, generosidad y compromiso social que la izquierda abertzale ha construido a lo largo de su historia. Dichos valores son necesarios para un cambio social en positivo.

Por tanto, defendemos un proyecto progresista y transformador, porque la izquierda no debe vertebrarse tanto en un proyecto que persiga humanizar lo inevitable (el actual sistema capitalista globalizado), como en un proyecto que evite lo inhumano. Por ello, pretendemos empujar en la dirección de construir un modelo de convivencia a la medida de las personas.

9. Actitud de construcción

Muy ligado a la reflexión anterior, encontramos diferentes estilos y tradiciones de izquierdas también en lo que respecta a las actitudes colectivas. Básicamente, y asumiendo el riesgo de caer en excesivas simplificaciones, podemos diferenciar dos actitudes fundamentales.

Por un lado, un pensamiento, una actitud y una práctica política estructuradas sobre el proyecto de destrucción de los distintos poderes establecidos, del capitalismo y su modelo de

sociedad. En este espacio se ubican las tendencias instaladas en una cultura de la negación, en la dialéctica negativa, aquellas que han construido su identidad sobre la base del no al Sistema (identidades de resistencia). Se trata de la Gran Negación y de la ética de la resistencia, aquella que ha creído en la fuerza positiva de la negatividad. Por otro lado, nos encontramos con una cultura de izquierdas afirmativa, no fundamentada tanto en una actitud contraria a lo existente, como en un deseo de reconstrucción social o de producción de sociedad.

Ambas actitudes poseen aspectos positivos y no tan positivos, aportaciones y limitaciones. También en este caso estamos ante una tensión dialéctica entre dos extremos. En todo ejercicio de negación existe la afirmación de algo, y toda afirmación incluye cierta negación.

Las gentes de ARALAR no nos identificamos en ninguno de los polos de tal eje, y al mismo tiempo nos identificamos en ambos. Protesta y propuesta, resistencia y alternativa, negar y construir, ambas posiciones conforman nuestra identidad. Más allá de posturas absolutas, las mujeres y hombres de ARALAR mostramos nuestra voluntad de nutrirnos de los aspectos positivos de ambas posiciones, y nos reconocemos en esa dialéctica creativa que busca la articulación de las actitudes y prácticas políticas en cada momento, sobre la base de las distintas lecturas políticas y de los contextos en los que hay que administrar la acción política.

Los intentos de construir lo social pueden derivar en una perversión de la izquierda, porque generalmente se juega en el estrecho campo de lo posible, y porque se debe administrar la actividad política en complicadas relaciones de fuerzas y en situaciones complejas. Pero al mismo tiempo, quienes conformamos ARALAR encontramos en ese estilo e intuición de construir sociedad, un elemento definitorio de nuestra identidad política.

Los estilos fundamentados exclusivamente en la negación sistemática de los distintos poderes, en buena medida convierten dichos poderes en elementos básicos de la propia identidad. Por esta vía, se termina por otorgar a dichos poderes sociales la fuerza e influencia que por otro lado quiere negárseles, porque aquello que se niega es precisamente lo que define al actor social que pretende el cambio. Toda identidad colectiva se define por oposición a otros. Sin embargo, su naturaleza reactiva al poder no tiene por qué convertirse en el único eje de estructuración de la identidad de la izquierda, ni siquiera en el más importante. La izquierda debe saber desarrollarse también sobre la base de un proyecto propio, si no quiere replegarse en actitudes defensivas y limitarse a una dinámica exclusiva de respuesta.

Una actitud de construcción requiere de un compromiso profundo, y de una mirada sobre la realidad que sea exigente y crítica. Se requiere de un compromiso de denuncia ante la injusticia social. Denuncia y propuesta de alternativas. Propuesta y acción. Ese será uno de los 'puntos calientes' que deberá plantear la izquierda: además de pensar y denunciar, tendrá que proponer y actuar. Una izquierda transformadora requiere de la inteligencia, coherencia y fuerza necesarias para aunar pensamiento y acción. En esa dirección identificamos nuestro compromiso.

10. Hacia un cambio de las conciencias y mentalidades

En esta labor de construir una perspectiva socialista y democrática debemos fijar nuestra atención en la trayectoria histórica ya recorrida por la izquierda y extraer de la misma las lecciones pertinentes. Entre otras muchas cosas, la historia nos ha enseñado que no tiene mucho sentido esperar una especie de gran revolución, ya que la dinámica histórica no se ha escrito a golpe de grandes y repentinos cambios. Los procesos humanos y sociales, en la mayoría de los casos no responden a ese principio. La propia naturaleza humana se resiste a tal principio. Y es que los procesos de cambio que se dan tanto en las personas como en el ámbito de lo social normalmente son graduales y dificultosos, no transformaciones totales y súbitas. Conviene tener presente esta perspectiva con objeto de no caer en pensamientos mágicos y ficciones colectivas, como ha ocurrido en la izquierda en demasiadas ocasiones.

Durante mucho tiempo la izquierda ha creído en el gran cambio. Buena parte del espacio social y político de la izquierda se ha nutrido de la promesa de un gran cambio histórico, que se produciría, en el caso de cierto marxismo, casi de forma inevitable y a partir del desarrollo de las contradicciones internas del propio sistema capitalista. Pero la dinámica histórica y la propia complejidad de la naturaleza humana, han desmentido tales mensajes y perspectivas mesiánicas que anunciaban un cambio seguro, brusco y total. La conciencia socialista actual debe mostrar una desconfianza explícita ante perspectivas de ese tipo, porque normalmente reproducen espacios ideológicos cerrados, suponen esquemas autoritarios, desprecian la diversidad, llevan a una imagen falsa y mágica de la realidad, y se pierde la capacidad de influir en la misma.

Por tanto, quienes hoy abogamos por la transformación social sabemos que no podemos esperar un proceso radical de cambio súbito. Incluso si esto fuera posible, tal vez porque el equilibrio de fuerzas sociales lo permitiera, debiéramos preguntarnos si realmente es deseable. Cuando se producen cambios rápidos y violentos del orden social, dichos procesos suelen terminar por reproducir las estructuras de la sociedad que se pretendía superar. Los procesos históricos de este tipo contribuyen normalmente a un cambio superficial y formal de las estructuras de poder.

Por ello, el objetivo principal de una izquierda transformadora no puede consistir en la conquista formal del poder. Tal izquierda debe estructurarse sobre la base de otra pretensión más profunda y exigente: la transformación de las estructuras de conciencia y el cambio de las mentalidades. Para que los cambios sean verdaderos y no superficiales, debemos aspirar a la transformación de las conciencias, de los deseos, las necesidades y las formas de vida. Debemos aspirar a la articulación de nuevas formas de pensar, sentir y actuar. Ahí reside el verdadero desafío del cambio social.

No entendemos el cambio en una dirección que va de arriba abajo, sino al contrario: la capacidad de auto-organización de la sociedad civil, y la acción colectiva y consciente de los sectores vivos de la sociedad, serán las que posibilitarán los verdaderos procesos de transformación. El camino para los verdaderos cambios tiene que ver sobre todo con el protagonismo responsable de la sociedad civil; no sólo el camino, dicho protagonismo también constituye el objetivo en sí mismo. Para la puesta en marcha y desarrollo de procesos de autogobierno personal y colectivo es necesario otro estado de conciencia: una nueva subjetividad individual y colectiva, subjetividad que al mismo tiempo constituye el medio y objetivo del desarrollo de procesos de (re)apropiación de la vida individual y colectiva.

11. Protagonismo de la sociedad civil, la importancia de los movimientos sociales

No es ningún secreto: ARALAR ha nacido con vocación de actuar en el plano político-institucional. Pero no se agota ahí, ni mucho menos, su vocación política.

Ya hemos señalado que la izquierda del futuro deberá actuar sin complejos en el plano institucional, y las gentes de ARALAR mostramos nuestra disposición a hacerlo, porque se trata de uno de los ámbitos para la construcción social y el cambio. Pero al mismo tiempo, concebimos nuestro colectivo inserto en las reivindicaciones de los movimientos sociales y populares, comprometido directamente en el pensamiento y la praxis transformadora de los mismos. ARALAR parte de la vocación de sostenerse sobre los dos pilares: la lucha institucional y el movimiento popular. Los dos ámbitos conforman el sistema nervioso de nuestra identidad, y dicha síntesis constituye nuestra forma de concebir la política.

Ni que decir tiene que el equilibrio de esa doble naturaleza no es fácil, y son muchos los ejemplos que lo demuestran (fuera de Euskal Herria, los verdes de Alemania han constituido una ejemplo paradigmático de dicha tensión). Sabemos que muchos partidos de izquierdas han experimentado un complejo de vanguardia, sintiéndose dueños exclusivos de la verdad, pero dicha complejo pertenece al pasado. Hoy vivimos el peligro de interiorizar otro tipo de concepciones y dinámicas, especialmente la de descender por la senda de un excesivo

electoralismo. Para que no seamos víctimas del 'institucionalismo' y con el objeto de protegernos de un excesivo electoralismo, reconocemos en torno a esta cuestión una tensión que deberemos administrar, y reconocemos la necesidad de una vigilancia sana y activa.

Nos sentimos parte de la cultura alternativa a la que dan cuerpo los denominados nuevos movimientos sociales. Dichos movimientos representan uno de los focos ético-políticos más interesantes de nuestra sociedad, y como sabemos, su actuación se extiende a diferentes ámbitos: movimiento contra el racismo, el feminismo, ecologismo, defensa de identidades culturales y lenguas minorizadas, antimilitarismo, insumisión, movimiento de gays y lesbianas, internacionalismo, movimiento contra la exclusión social, lucha contra el SIDA, voluntariado...

Quizá la aportación más importante que dichos movimientos realizan se ubica en el plano cultural, en la transformación de las conciencias. Ahí reside su interés, ya que el éxito de cualquier proyecto de transformación social deberá ser precedido por procesos de cambio cultural. El cambio cultural produce visiones alternativas sobre la realidad. Por ello, los movimientos sociales son semillas para el cambio de mentalidades, y preparan el terreno para la consecución futura de determinados proyectos liberadores en lo político, en lo social o en lo económico. Sin el desarrollo de esa cultura alternativa, toda iniciativa transformadora terminará por reproducir aquello que pretende superar.

La izquierda clásica ha identificado la dominación más importante –y casi exclusiva- en el mundo económico y en los medios y relaciones de producción. Sin embargo, los movimientos sociales representan la denuncia de otro tipo de dominaciones, por lo que vienen a complementar la estrechez del planteamiento de la izquierda clásica. Dichos movimientos socializan discursos que albergan nuevos valores. Los nuevos movimientos sociales son la expresión de las diferentes dimensiones que un proyecto de liberación social debiera contemplar.

Defendemos el trabajo conjunto y la relación entre los diferentes movimientos sociales, y entendemos a todos ellos como soportes fundamentales de una cultura y unas formas de vida alternativas a las actuales. Dicha colaboración debe basarse en el respeto mutuo, al igual que en el caso de la relación de los partidos políticos con los movimientos sociales. En la actualidad, debemos buscar sinergias entre todos aquellos que nos identificamos en un deseo de cambio social, aceptando la diversidad y la diferencia.

La reconstrucción de las mentalidades que haga frente a la colonización de las mismas por parte de la cultura occidental hegemónica, constituye una labor necesaria. En este sentido, los movimientos sociales suponen una resistencia activa a la racionalidad tecno-económica e instrumental, a través de la activación de valores humanistas y transformadores. El espacio colectivo crítico y progresista debe nuclearse en torno a dichos valores alternativos, con el objetivo de impulsar procesos de participación y procesos auto-constituyentes. Además, los movimientos sociales y populares cumplen una función crucial, pues al tiempo que extienden la solidaridad, posibilitan la reconstrucción de las estructuras comunitarias y el reforzamiento del lazo social.

12. Individuo y comunidad, las dos caras de una misma moneda

La relación entre el individuo y la colectividad es una vieja cuestión de la que se han encargado todos los grandes sistemas ideológicos. Se trata de uno de los temas centrales que la Modernidad ha albergado en su proyecto liberador. Las grandes ideologías del siglo XX han subrayado una de las dos caras (la primacía del individuo o de la sociedad), y como consecuencia de ello, unos y otros han mostrado vacíos importantes en la articulación de dicho equilibrio. La filosofía liberal y el modelo de sociedad capitalista han reivindicado la primacía de los derechos individuales, dejando de lado la dimensión social-comunitaria de las personas, y la importancia de los lazos sociales y el sentido de pertenencia grupal. Se trata de la utopía del sujeto individual aislado. En el polo opuesto se encuentran los colectivismos que han ahogado

las libertades individuales y la dignidad de las personas. Individualismo alienante frente a colectivismo degradante.

Los hombres y mujeres de ARALAR reconocemos en la individualidad un valor central, y por ello nos sentimos comprometidos con su defensa radical. En estos tiempos en los que los poderes buscan la uniformización de conciencias, la normalización y la domesticación de las personas, la individualidad constituye uno de los principales valores y principios socio-políticos a rescatar y defender. Se trata de la defensa del individuo libertario, autónomo, consciente, maduro, y diferenciado. Las exigencias colectivas de la izquierda tienen una clara limitación en la autonomía individual de las personas, y debemos considerar dicha autonomía una fuente de creatividad e imaginación también para nuestro colectivo.

Al mismo tiempo, entendemos el proyecto individual inserto en un compromiso para con la sociedad. Nos sentimos parte de un pensamiento de izquierdas que acoge las dos dimensiones: las libertades individuales y el bien colectivo, la individualidad y el compromiso comunitario, la libertad y la igualdad, las oportunidades individuales y la justicia social... Tenemos por objetivo un desarrollo social equilibrado, entendiendo que el desarrollo personal de las ciudadanas y ciudadanos vascos sólo será posible en el marco de un desarrollo sólido y equilibrado de la sociedad vasca en su conjunto.

También en la actualidad, una actitud de izquierdas representa la limitación de ciertos intereses y oportunidades individuales en favor del bien colectivo, ya sea desde una perspectiva centrada en la sociedad vasca (la distribución de la riqueza, un sistema fiscal progresista...), ya sea desde una perspectiva global (sabemos que la defensa de las oportunidades de desarrollo para todos los habitantes del planeta supone cuestionar en gran medida nuestro estilo de vida individual y no sostenible).

En la sociedad vasca de nuestros días se puede percibir cierta tendencia estructural hacia la privatización de la vida. Si reparamos en la evolución de las últimas décadas parece claro que el compromiso social e interés por lo colectivo han descendido, y que las iniciativas que pretenden ir más allá del mero interés individual van perdiendo terreno. Tampoco parece que las ideas, proyectos y compromisos de la izquierda estén en su mejor momento. Hemos pasado del fuerte compromiso socio-político de hace 20-30 años (en la época de la transición) al estilo de vida más individualizado de las generaciones más jóvenes. Este hecho, en sí mismo, no tiene por qué ser malo, y puede albergar aspectos positivos: el debilitamiento de los sectarismos políticos, el reforzamiento de la individualidad, la pérdida de fuerza de las exigencias colectivas que constreñían a los individuos... La sociedad va cambiando, y junto con ella los estilos y proyectos de vida, y también las formas de entender el compromiso.

Pero las gentes de ARALAR mostramos nuestra preocupación ante el hecho de que dichas tendencias pueden estar expresando un creciente e importante desgaste de la conciencia social y el compromiso colectivo de los vascos y vascas. La pregunta consiste en si estamos asistiendo a un proceso de desestructuración de muchos sentidos y prácticas colectivas, es decir, una fase de despolitización (en el sentido amplio del término, y sobre todo en lo que se refiere a la problemática social). Parece que va alzándose una figura humana más desvinculada con respecto a la *res publica*.

A pesar de ello, debemos tener cuidado en no caer en lecturas románticas y nostálgicas del pasado. Las generaciones jóvenes desarrollan sus propios compromisos e intereses colectivos, diferentes a los de las generaciones pasadas, y a partir de una forma también diferente de entender el propio compromiso. Existe entre las y los jóvenes vascos, a pesar de ciertas tendencias, una evidente energía a favor de la transformación social.

Desde la aceptación y defensa radical de la individualidad, las gentes de ARALAR nos comprometemos con la labor en pro del desarrollo de la conciencia social y de los proyectos colectivos, ayudando a (re)construir el espacio público y colectivo. Nos sentimos comprometidos en la construcción y reforzamiento del espacio comunitario y progresista vasco.

13. Una izquierda desde y para Euskal Herria

Identificamos en la larga historia de nuestro pueblo y sus tradiciones sociales algunos de los valores y principios que queremos para nuestro proyecto de izquierda abertzale. El pueblo de los vascos ha sido construido, como muchos otros pueblos, sobre la base de profundas raíces comunitarias, las cuales toman cuerpo en nuestra mitología, nuestro imaginario colectivo, y en instituciones tradicionales como el conocido 'auzo-lan'. Queremos recoger la herencia de nuestros antepasados y de la cultura popular que aboga por valores como la igualdad, la cooperación, la democracia y la solidaridad, porque nos sentimos parte de una larga secuencia de generaciones cuyas aportaciones reconocemos. Desde este gesto de reconocimiento de nuestro pasado y nuestras tradiciones, pretendemos construir futuro.

La mayoría social de la sociedad vasca puede ser considerada sociológicamente de izquierdas, como indica su sensibilidad social, política y cultural. El espacio vasco, en general, y especialmente la identidad vasquista, es progresista en sus planteamientos y sensible ante las medidas de solidaridad social y las políticas sociales. Es nuestro objetivo establecer lazos y elementos de identificación con dicho espacio social progresista, con el objeto de encauzar en términos políticos dicha sensibilidad (en la medida en que las ciudadanas y ciudadanos vascos así lo quieran), y reforzar la misma.

Identificamos a Euskal Herria como el espacio natural de nuestra iniciativa política de izquierdas, y reivindicamos una Euskal Herria socialista, democrática y estructurada sobre la base de políticas progresistas.

14. Desobediencia civil como método

En la izquierda que queremos construir las formas de acción política tienen su importancia, y no poca. Uno de los ejes fundamentales de nuestra concepción de la política reside en el protagonismo de los ciudadanos y ciudadanas, en el protagonismo de la sociedad civil, y es también ahí donde reconocemos el principal sujeto de la acción política. Consideramos que la desobediencia civil activa de los ciudadanos es la forma de lucha idónea para la transformación social.

Esta afirmación responde a toda una concepción política: es en la desobediencia civil donde encontramos los contenidos éticos y morales que debieran sustentar una visión y una práctica de izquierdas, y es ahí donde encontramos también oportunidades de eficacia política en la sociedad vasca de hoy. Y es que la desobediencia civil es el camino para la acumulación de fuerzas que necesitamos. Aglutinaremos apoyos mayoritarios de la sociedad vasca, en caso de hacerlo, a partir de la utilización de estos métodos de acción política. La sociedad moderna de hoy y su peculiar metabolismo de poder, convierte el apoyo democrático y ciudadano, más que nunca, en algo esencial para la consecución de los proyectos políticos (afortunadamente).

Además, para una concepción de izquierdas que busca el cambio de las estructuras de conciencia y de las mentalidades, la desobediencia civil es un instrumento también esencial: es una vía potente para la transformación de las conciencias, porque es cada individuo quien acepta los riesgos y se convierte en protagonista político, y sin provocar daños en la sociedad. La desobediencia civil es un soporte básico para una cultura no sectaria y horizontal.

La desobediencia civil, aun cuando aparentemente pueda flaquear en términos de eficacia política, es una victoria en sí misma, una acción exitosa de resistencia activa ante el orden de cosas vigente. Todos los actos de disidencia son en sí mismos logros políticos, independientemente de los resultados que se obtengan en términos de eficacia política. Los actos de desobediencia suponen, además, procesos de educación ciudadana. Debemos aprender a valorar dichos actos de insumisión, saborearlos como pequeñas e importantes victorias que son, sin encerrarnos en planteamientos exclusivos de eficacia en los resultados, que en muchas ocasiones resultan dolorosos y paralizantes.

Por todo lo mencionado reconocemos en esta forma de acción política un radicalidad sana y coherente. De hecho, no vinculamos radicalidad con la utilización de la violencia física. Esto no quiere decir que los sectores oprimidos no tengan el derecho a valerse de la violencia física, ni mucho menos, porque dichas violencias son respuestas a la violencia estructural utilizada por el orden social. Pero debemos valorar en cada contexto la conveniencia y legitimidad política de utilizar la violencia física. De todas formas, como principio general, cuanto menos violencia física para la consecución de objetivos políticos mejor.

15. Sobre el Estado y sus funciones

En la época posterior a la Segunda Guerra Mundial las sociedades desarrolladas construyeron lo que conocemos como el Estado del Bienestar. En el caso del estado español, se establecerá con la transición política.

Esta forma de estado no sólo cumplirá funciones represivas y policiales (las funciones clásicas y casi exclusivas del estado liberal de finales del siglo XIX y principios del XX). Cumplirá también funciones de cohesión social, educación y protección social.

El pacto fordista será la base sobre la que se articularán las sociedades industriales de la posguerra: se garantizará a la clase trabajadora su bienestar material y protección social, a cambio de la paz social. El llamado estado del bienestar se nutrirá de una situación de casi pleno empleo, consiguiendo articular un sistema fiscal capaz de financiar la seguridad social, y en esta época histórica tomará cuerpo el estatuto colectivo (las garantías y derechos) vinculado al empleo.

En opinión de muchos pensadores, este modelo de sociedad ha constituido una situación de equilibrio entre crecimiento económico y cohesión social: supuso establecer límites a la lógica del mercado y a la racionalidad económica, siguiendo principios como la mejora de las condiciones de trabajo y distribución social de la riqueza. Sin embargo, debemos tener en cuenta que el estado de bienestar se desarrolló sobre la base de una dinámica económica expansiva y productivista. La década de los 60 fue precisamente el periodo de mayor esplendor del productivismo y desarrollismo occidentales. Este modelo de desarrollo no admitía entre sus principios el de la sostenibilidad y la preocupación medioambiental.

A partir de la década de los 70 las políticas neoliberales atacarán de frente este modelo de estado, arguyendo razones de corte económico (el estado supone un lastre para el crecimiento económico porque pone palos en la rueda del mercado libre) y razones de tipo moral-ético (creación de una mentalidad ciudadana clientelística, mata la iniciativa individual, crea y extiende la figura social del *gorrón*...). Para muchos este ataque supone la puesta en cuestión de la *civilización de lo público* (educación pública, salud pública, pensiones públicas...), y por ende, en este tiempo histórico que vivimos, uno de los campos de batalla prioritarios lo conforma la lucha contra estas tendencias neoliberales.

Por otro lado, el estado de bienestar también ha recibido importantes críticas desde la izquierda. He aquí algunas de ellas:

- ◆ Supone la estabilización y legitimación del capitalismo, a partir de la integración total de la clase trabajadora en el sistema. (Para otros el estado del bienestar es el resultado de los logros del movimiento obrero, no un invento para su asimilación).
- ◆ El estado establece una dinámica absorbente, ocupando más espacios de los que le corresponde, y estrechando el campo de acción para iniciativas sociales de auto-organización ciudadana.
- ◆ Por ello, no ha conseguido 'producir sociedad', sino todo lo contrario: ha supuesto el final de muchas redes naturales de solidaridad, ha dificultado la creación de otras nuevas, ha aumentado la dependencia ciudadana con respecto al estado... No ha sabido crear sociabilidad.

- ◆ Se ha creado una burocracia cara y de grandes dimensiones, la cual supone para la sociedad más gastos que beneficios.
- ◆ En el plano simbólico crea la ilusión colectiva de que es el gobierno del pueblo, para el pueblo, y con el pueblo.
- ◆ El estado responde principalmente a los intereses de las clases hegemónicas. Además, utiliza las fuerzas represivas y exige el monopolio de la violencia.

La izquierda del siglo XIX abogó por la abolición del estado, tanto desde el marxismo como desde el anarquismo. Hoy, sin embargo, las circunstancias sociales e históricas son muy distintas. Hoy en día el neoliberalismo se muestra en contra del estado. Desde esa perspectiva neoliberal, el estado debiera asegurar las condiciones para la necesaria acumulación de beneficios, y debiera también, claro está, cumplir con las funciones represivo-policiales (seguridad y gasto militar). Y punto. A partir de ahí, hay que recortar el gasto público, independientemente de los daños que eso pueda producir a la salud, la educación o la seguridad social.

Siguiendo con esta filosofía neo o ultra-liberal, son los propios ciudadanos quienes deben instruirse en la conducción de sus vidas. Se trata del discurso renovado de la derecha: reivindican la figura del ciudadano activamente responsable que desarrolle capacidades para la auto-regulación de su propia vida y afloje las dependencias con respecto a otros (incluido el estado). Se trata del modelo de sociedad civil que propugna el neoliberalismo, basado en el *american way of life* (estilo de vida americano), y en el *self-made man* (el ciudadano que se hace a sí mismo, siguiendo el mito de Rockefeller).

Visto lo visto, no resulta fácil adoptar una postura de izquierdas coherente con respecto a la posición que debiera ocupar el estado. Es difícil no caer en simplezas como 'más Estado' o 'menos Estado'. Parece que en este ámbito serán importantes los equilibrios dinámicos y el análisis ámbito por ámbito. Como principio general, no nos identificamos con una izquierda estatalista. Los hombres y mujeres de ARALAR miramos con recelo la posibilidad de un modelo de estado fuerte, porque ahí están los miedos orwellianos, y porque reconocemos el eje fundamental de nuestro estilo, pensamiento y praxis política en la auto-construcción de la sociedad civil. El estado supone la mayor parte de las veces, la concentración del poder, la constitución peligrosa de una clase política, el monopolio de la violencia, una burocracia monolítica y cara...

Además, en cierta medida debemos avanzar en la superación de dicotomías clásicas como público/privado: las instituciones públicas no son el único instrumento de cohesión y protección social, y todas las instituciones privadas no responden al principio de ánimo de lucro. Los vascos contamos con ejemplos paradigmáticos: por ejemplo, las ikastolas en el mundo de la educación. Por otro lado, es necesaria una mayor racionalización de la gestión pública, para hacerla más eficaz y eficiente.

Pero, al mismo tiempo, en las actuales circunstancias sociales e históricas la izquierda debe defender los derechos conseguidos y los importantes pasos dados en la distribución de la riqueza (las políticas sociales, los servicios públicos...). Por ello, a las gentes de ARALAR nos encontrarán en contra de las políticas de debilitamiento de los mecanismos de cohesión social, más aún cuando dichas políticas atenten contra derechos históricos y básicos de los ciudadanos. Debemos mantenernos alerta contra los ataques neoliberales, y debemos saber compaginar dichas reivindicaciones con la exigencia de un modelo de desarrollo sostenible.

En todo caso, de poco valdrá un estado bien surtido, si a su lado contamos con una débil sociedad civil. Por ello, abogamos por el reforzamiento de las organizaciones y movimientos sociales progresistas, manteniendo su autonomía con respecto al Estado, y mejorando sus capacidades de gestión. No son fáciles las relaciones entre Estado (administración o gobierno) y sociedad. Pero al mismo tiempo, pueden llevarse a cabo sinergias y colaboraciones entre ambos, con el objeto de construir sociedad.

16. La globalización neoliberal, internacionalización de la solidaridad

El neoliberalismo constituye una nueva fase del capitalismo. Ha convertido la razón económica en razón suprema, y toda lógica será considerada irracional en la medida en que no se pliegue a las exigencias de la competitividad y la eficacia económica. La economía intenta derrotar a la política, y el mercado a la democracia.

El neoliberalismo es también un pensamiento y una práctica que provoca la atomización de los individuos, a partir del reforzamiento exclusivo de la iniciativa individual y la individualización del conflicto social. Las problemáticas sociales y económicas (desempleo, pobreza, exclusión...) son administradas en el espacio privado-personal, y como consecuencia de ello, van tomando fuerza las estrategias de culpabilización de las personas desfavorecidas.

Con el paso del tiempo el neoliberalismo se ha convertido en un discurso estructurado y omnipresente, al tiempo que constituye el criterio fundamental para la mayoría de gobiernos del mundo (también del llamado tercer mundo). En lo básico, el neoliberalismo es una propuesta de organización de la sociedad humana que prioriza, por encima de cualquier otra consideración, el beneficio económico. Ante ello, reivindicamos la necesidad de organizar la economía y la producción en función de las necesidades de los ciudadanos y ciudadanas, pues la economía no puede basarse en la estrechez de un principio que aboga exclusivamente por potenciar la competitividad y el beneficio.

Vivimos una era globalizada, y este hecho nos ubica en un nuevo territorio histórico. Todavía no poseemos respuestas seguras a los desafíos de este nuevo ciclo, y mientras tanto, el capitalismo global basado en la economía de mercado ha extendido su lógica en dos direcciones:

- En dirección horizontal, a partir de su extensión geográfica a todo el mundo,
- Y en dirección vertical, pues la lógica del mercado (la lógica racional-instrumental) coloniza progresivamente nuevos ámbitos de la actividad humana. Se nos plantea el salto de una economía de mercado a una sociedad de mercado. La sociedad capitalista utiliza dos vías para extender sus tentáculos: por un lado, considera mercancía toda realidad social; y por otro, fundamenta las relaciones humanas en la capacidad de comprar, es decir, en el dinero.

El capitalismo globalizado apenas se ve restringido por controles políticos o sociales, aun cuando existen ciertos esfuerzos en dicha dirección (la ascensión de la socialdemocracia europea en la década de los noventa, supuso para algunos una muestra de ello). Básicamente, el espacio económico se ha alejado del control político. Parece que el fenómeno de la globalización no tiene marcha atrás, pero un proyecto de izquierdas deberá empujar en la dirección de gobernarla democráticamente. De hecho, la globalización neoliberal otorga el poder de configurar el mundo a agentes no políticos, y al mismo tiempo, los agentes democráticamente elegidos pierden cuotas de poder en dicha configuración.

Es necesario regular el crecimiento económico para que éste sea compatible con la democracia, con las libertades individuales y colectivas, y con una distribución de la riqueza más justa. Por encima de los derechos del mercado están los derechos de las mujeres y hombres que habitamos este planeta, y a las necesidades de la economía debemos contraponer criterios de justicia social. Entendemos la economía al servicio de las y los ciudadanos, al servicio de la sociedad. Y en este principio encontramos uno de los valores centrales del socialismo. El

socialismo se fundamenta en la subordinación de la economía a la sociedad y de los fines económicos a los fines de la sociedad. Se trata de liberar enclaves dentro de la racionalidad económica para cuestionar la dominación que dicha racionalidad ejerce sobre la sociedad, y ponerla, así, al servicio de un proyecto de sociedad. El socialismo se fundamenta sobre fines éticos y políticos que delimitan el lugar de la actividad económica en la vida social. Por ello, las gentes de ARALAR nos identificamos y nos sentimos parte del entramado de agentes y fuerzas político-sociales que desde distintas experiencias y puntos del mundo luchan en esa dirección.

Las orientaciones generales que a continuación se presentan pretenden encajar en la dirección mencionada:

- El trabajo en contra de la lógica del mercado mundial, y al mismo tiempo, en contra de las instituciones que animan las lógicas neoliberales (BM, FMI, G-7...)
- La denuncia y la lucha en contra de la desigual distribución de recursos que provoca el mercado.
- Los desequilibrios que provoca el mercado deben ser enfrentados con políticas de solidaridad social.
- La defensa radical del medio ambiente.
- La reivindicación sin complejos de la primacía de la política.

En las últimas décadas hemos experimentado una desregulación radical de la economía, y todo indica que la respuesta deberá centrarse en la labor política de re-regulación de la misma. Esta nueva regulación del mercado capitalista debe acotar y limitar la lógica del mercado en base a estándares sociales, democráticos y ecológicos.

Reivindicamos un nuevo orden internacional, más justo y basado en el respeto de todos los derechos humanos: civiles, políticos, sociales, económicos y culturales. Nos sentimos en contra de la globalización neoliberal y la militarización del mundo, y a favor de la justicia social y la paz. Deseamos otro mundo, y proclamamos que ese otro mundo es posible.

Exigimos las siguientes medidas: la abolición de la deuda externa; el establecimiento de medidas como la Tasa Tobin; la defensa radical de los derechos de todas las mujeres; el final de todas las actividades especulativas a nivel internacional; y el derecho de autodeterminación de los pueblos.

17. Profundizar en la democracia

La globalización ha reforzado las condiciones de heteronomía. Ha debilitado o destruido posibilidades de autonomía y autogobierno democrático de muchas zonas del mundo. Ese es el contexto global en el que situamos nuestra reflexión sobre la democracia. Por otro lado, es importante reconocer el valor de la democracia parlamentaria desarrollada por las sociedades modernas, pues ha sabido respetar los derechos ciudadanos mejor que otros sistemas políticos.

Sin embargo, las limitaciones de la democracia parlamentaria son cada vez más evidentes:

- Surge una clase política que termina creando y defendiendo sus propios intereses;
- se fundamentan en la alternancia consensuada de grandes fuerzas políticas;
- se aplica exclusivamente en el ámbito político, y no en otros ámbitos que son claves para la sociedad (no se extiende a la economía, ni a la educación, ni a los ayuntamientos, ni a la administración en general, ni a la salud...);

- los derechos de las minorías (lingüísticas, religiosas...) no cuentan con las suficientes garantías.
- Pero por encima de otras consideraciones, la participación democrática fundamentada en el voto cada cuatro años –que en gran medida no supone otra cosa que carta blanca para que la clase política haga y deshaga a su antojo- no agota, ni mucho menos, el concepto de democracia.

El carácter democrático de la Unión Europea es todavía más dudoso, ya que las instituciones claves (Comisión y Consejo), sencillamente, no son democráticas, mientras que las capacidades y poderes del Parlamento Europeo son muy limitados. Por otro lado, y en buena parte como consecuencia de lo dicho hasta ahora, parece que la deslegitimación de los políticos y de los partidos políticos va *in crescendo*.

Ante esa situación general, la profundización democrática es uno de los aspectos que más fervientemente debe reivindicar una izquierda transformadora, y sigue constituyendo una de las aspiraciones más viejas de la humanidad. La democratización social real, es decir, la posibilidad de que las personas y colectivos posean crecientes posibilidades de control sobre los factores que condicionan sus vidas, es un pozo sin fondo, un camino siempre abierto que nunca puede darse por terminado. Por ello, lo más importante es ponerse a andar, y ARALAR aboga por reforzar las experiencias de auto-constitución de la sociedad, ahondando en la auto-organización creciente de la sociedad civil en todos los ámbitos de la vida social.

Existen en la democracia liberal mecanismos para el control de los electos por los electores y, al mismo tiempo, para estrechar las relaciones entre ambos, por ejemplo, las listas electorales abiertas. Por medio de ellas, además, se suaviza el excesivo control que ejercen los aparatos de los partidos sobre los electos. Puede ser el camino para que se acerquen a la política personas más capaces y no aquellos políticos profesionales fieles a los aparatos del partido. Por eso, ARALAR impulsará las listas electorales abiertas tanto en el ámbito del partido como en toda la sociedad. Al mismo tiempo promocionará los mecanismos que acerquen a los electores y a los electos e impulsen las relaciones entre ellos.

Debemos tener en cuenta que profundizar en la democracia requiere cubrir muchos flancos: información, comunicación adecuada, educación, igualdad, relación de fuerzas equilibrada... Es imprescindible mejorar continuamente tales condiciones para un verdadero ejercicio de la democracia, y para no condenar a la misma al bello reino de las entelequias teóricas.

En el nuevo ciclo histórico que se abre, constatamos la necesidad de profundizar en la democracia vasca, a partir del compromiso a favor de la utilización de diversas fórmulas: referéndums, consultas ciudadanas, iniciativas legislativas populares... (estas vías normalmente molestan a las fuerza instaladas en el parlamentarismo). Proponemos el salto de una democracia formal a una *democracia participativa*, porque entre otras muchas virtudes, es posible que las izquierdas del futuro encuentren en esta reivindicación un importante punto de unión (así lo demuestra el consenso entre los distintos agentes que conforman el movimiento anti-globalización).

La democracia participativa posee virtudes evidentes: marca el camino para democratizar la vida política, integrando la voz de los ciudadanos en los núcleos de decisión y superando la limitada democracia liberal; se refuerza una dinámica social de abajo hacia arriba, fundamental para activar verdaderas transformaciones sociales; es uno de los mecanismos para hacer frente a las tendencias antidemocráticas de la globalización; el ciudadano se convierte en productor de la democracia, y no en mero consumidor...

No hay que olvidar que los mecanismos de la democracia participativa son muy poderosos a la hora de reconducir problemas y de solucionar asuntos problemáticos en consenso mayoritario, por ejemplo los llamados NIMBY ('no en mi patio').

Por todo ello, reivindicamos modelos de gestión de gobierno participativos. En este sentido, es importante reforzar los espacios locales, pues son las instituciones locales las que se

encuentran más cerca de los ciudadanos. Reivindicamos la importancia de la acción política que se sitúa en el plano local, por su proximidad humana y porque constituye un campo privilegiado para la acción colectiva solidaria. Este campo de acción ofrece ricas posibilidades para experimentar con modelos de gestión de gobierno participativos. Al mismo tiempo, debemos compaginar lo local y lo global.

La democracia participativa no hay que entenderla como una serie de referendos o como asamblearismo puro, va más allá. Para conocer la opinión de la sociedad existen mecanismos que pueden dar a dicha sociedad mayor cohesión a la hora de tomar una decisión o emitir un juicio que los referendos o las asambleas. Algunos de ellos son los siguientes: los paneles tecnológicos daneses, los jurados de ciudadanos, presupuestos participativos o los consejos de sentido común. ARALAR impulsará la utilización de esos y similares mecanismos para aumentar la participación de la sociedad en la toma de decisiones políticas, sobre todo en aquellas en las que puede surgir un conflicto, por ejemplo, el diseño de un plan para el tratamiento de residuos.

Queremos comprometernos a estructurar nuestro colectivo socio-político sobre la base de la democracia interna y su constante potenciación. Al mismo tiempo, queremos huir de personalismos, manteniendo una de las aportaciones y características específicas de la cultura política de la izquierda abertzale.

Defendemos el principio de la *democracia económica*, porque no hay democracia sin democracia económica. En estos tiempos la cuestión no reside en 'sí al mercado' o 'no al mercado', y tampoco en 'economía de mercado' o 'planificación económica'.

Por un lado, parece claro que la actual relación de fuerzas no posibilita una ruptura con la economía de mercado y que la sensibilidad de la ciudadanía no va por ahí. Aunque fuera posible, debemos tener en cuenta que los regímenes que se han basado en la planificación económica han desarrollado totalitarismos que se ubican en la antítesis de la izquierda, y han demostrado una escasa eficacia económica. Por tanto, no nos encontramos en un tiempo histórico en el que pueda hablarse de articular la izquierda sobre la base de un proyecto de planificación económica. Se trata de un planteamiento tan desfasado como simple.

El mercado, por otro lado, ha demostrado una gran capacidad de crecimiento económico y material. Pero una vez dicho esto, debemos añadir que tampoco nos encontramos en un tiempo histórico en el que pueda reivindicarse una economía de mercado totalmente abierta y sin límites, porque sabemos de los grandes desequilibrios que produce el mercado, de la exclusión, del hambre, de la pobreza, de la guerra y de los diversos conflictos que padecemos.

Debemos otorgar a la racionalidad económica y a la lógica del mercado el sitio que les corresponde, pero no más del que les corresponde. Por ello, debemos limitar su extensión en beneficio de un desarrollo humano equilibrado. He ahí el desafío. El mercado debe estar al servicio de los objetivos sociales, debe responder a las necesidades de la sociedad, sin que sea la sociedad la que se pliegue a los requerimientos del mercado. El hecho de vivir en una economía de mercado nos lleva a tener que aceptar algunas de sus exigencias, pero no a plegarnos a sus exigencias. El reto consiste en domesticar las leyes del mercado, utilizando para ello criterios sociales (condiciones de trabajo, seguridad social, políticas sociales, tiempo libre y tiempo para la vida...), democráticos (los derechos de los ciudadanos para gobernar la economía y la empresa), y ecológicos (un modelo de desarrollo sostenible y no productivista).

Por otro lado, los servicios que inciden directamente sobre el bienestar de los ciudadanos y ciudadanas no se podrán poner nunca bajo la ley del mercado, si se quiere que todos y todas puedan disfrutar de ellos. En consecuencia, los poderes públicos tienen que participar directamente tanto como agentes del mercado, como desarrollando leyes y mecanismos que controlen dicho mercado. Entre esos servicios se deben considerar, al menos, los siguientes: salud, información y medios de comunicación, transporte, suministro energético, educación y todo tipo de infraestructuras.

Por tanto, reivindicamos el derecho al gobierno público de aquellos sectores de la economía que son claves para la sociedad, porque los elementos y políticas de planificación económica (no una economía de planificación) son fundamentales para limitar la expansión progresiva del mercado, para proteger sectores económicos en situación delicada, y avanzar en la cohesión social.

Junto con ello, ubicamos las políticas sociales en el centro de nuestras preocupaciones y de nuestro quehacer político, con el objeto de contrarrestar los desmanes y dinámicas no democráticas del mercado. A continuación exponemos algunas de los elementos para una política democrática:

- La lucha contra la dominación del capital financiero;
- la mejora de las condiciones de vida de los asalariados;
- la activación de políticas para potenciar la economía social, en la medida en que constituyen realidades empresariales basadas en una gestión más democrática y con un compromiso más explícito con el entorno local y nacional;
- la potenciación de iniciativas a favor de la economía solidaria y las empresas alternativas;
- medidas de solidaridad social para paliar las desigualdades sociales;
- el empuje y apoyo a las iniciativas y movimientos sociales que luchan contra la exclusión social y la marginación.

La revolución tecnológica a la que estamos expuestos incide directamente en nuestra vidas, en la sociedad vasca, y en el conjunto del planeta. Las elecciones tecnológicas responden siempre a valores e intereses determinados que representan apuestas de sociedad determinadas. Por ello, reivindicamos el control democrático del desarrollo tecnológico, con el objeto de que las innovaciones científicas y tecnológicas se fundamenten en valores progresistas –y no autoritarios- y respondan a los intereses colectivos –y no exclusivamente particulares-. Abogamos por una tecnología al servicio del desarrollo humano.

Por otra parte, en los últimos años se está desarrollando en nuestro entorno una política fiscal injusta, en la cual se está aumentando la presión en los impuestos indirectos en perjuicio de los directos sobre las personas físicas. Ese sistema afecta de manera similar a las rentas altas y a las bajas. Al mismo tiempo, hay suficientes indicios para pensar que existen grandes bolsas de fraude fiscal tanto en lo referido a las personas físicas como a las jurídicas.

Desde el punto de vista de la izquierda el sistema que prima los impuestos indirectos es injusto. Por ello, ARALAR aplicará la máxima 'el que más gana más paga' y primará los impuestos directos sobre la renta de las personas físicas ante los impuestos no directos que se aplican por igual a todos. Esto no quiere decir que no se puedan impulsar impuestos indirectos sectoriales para desarrollar ciertas políticas o promover cambios en comportamientos sociales, peajes en autopistas por ejemplo.

Además, ARALAR impulsará acciones y políticas para luchar contra el fraude fiscal y minimizar su extensión.

En el área de los impuestos de sociedades ARALAR impulsará una política discriminatoria que gravará diferentemente a las sociedades en función de definición jurídica de la sociedad, ánimo de lucro, destino de los beneficios, reparto de beneficios entre los trabajadores, declaración de utilidad pública, etc. Además impulsará una política fiscal que favorezca el mecenazgo y el uso de los beneficios de las sociedades para desarrollar obras de interés cultural o social.

18. Por un modelo de desarrollo sostenible

La humanidad descubre algo vital en la década de los 70: el crecimiento económico tiene límites, aquellos que le impone el propio planeta. La racionalidad tecno-económica y las lógicas desarrollistas típicamente occidentales no nos ofrecen futuro alguno. La actual explotación intensiva del planeta no podrá durar. Los habitantes del Sur no pueden alcanzar los niveles de vida de nosotros los europeos, porque el planeta no cuenta con los suficientes recursos para ello. La puesta en cuestión de la civilización productivista que han construido las sociedades occidentales se encuentra en el corazón mismo de nuestra concepción y sensibilidad de izquierdas. Consideramos la defensa y la lucha a favor del medio ambiente como principios básicos de la conciencia de izquierdas y el proyecto socialista que queremos.

Se trata de la solidaridad que les debemos a las próximas generaciones. Se impone una nueva perspectiva: de aquí en adelante no podremos apresurar soluciones a plazo corto, en los casos en que dichas soluciones supongan una merma en la calidad de vida de las próximas generaciones.

Esta perspectiva exige profundas y radicales medidas en diversos ámbitos: agricultura; transportes; producción, distribución y utilización de la energía... Para resolver todos los problemas mencionados, el desarrollo de la ciencia y la tecnología pueden ofrecer alternativas, pero será absolutamente necesario implementar medidas de otro tipo. Se requiere de cambios profundos en los estilos de vida de los occidentales, porque sabemos que dichos estilos no son extensibles al resto del planeta y que nuestra riqueza tiene sus raíces en la pobreza que sufren otros. Por tanto, reivindicamos la necesidad de introducir cambios paulatinos en nuestros estilos de vida, un camino necesario para reforzar coherencias y limar contradicciones con nosotros mismos.

Para avanzar en el camino del desarrollo sostenible y, de paso, cumplir el protocolo de Kioto, hay que aplicar otras políticas energéticas y de transporte. En lo referente a la política de transporte, se primará el transporte público, tanto para el transporte de pasajeros como de mercancías. En cuanto al transporte de mercancías, se impulsarán el ferroviario y el marítimo frente al de carretera. Además, se primarán aquellas infraestructuras de transporte que estructuren Euskal Herria. En ese sentido, se impulsará la conformación de la red ferroviaria vasca, para la cual vemos innecesario y altamente perjudicial –tanto desde el punto de vista social como del ecológico- el actual proyecto de tren de alta velocidad; es decir, la ‘Y vasca’. Por otra parte, tanto en la planificación urbanística de nuestros pueblos y ciudades, como en la planificación de carreteras, se dará prioridad a que el tráfico ciclista circule con comodidad.

La política energética de ARALAR tendrá tres pilares: el uso sostenible de la energía; el impulso de las energías sostenibles y diversificación de las fuentes de energía; y su adaptación a las necesidades locales. Por otra parte, no consideramos que la energía nuclear de fisión sea una alternativa adecuada para el suministro de energía, porque causa graves problemas medioambientales, como por ejemplo, el tratamiento de los residuos.

Nos comprometemos en la lucha por el desarrollo humano sostenible, y esta defensa nos lleva directamente a la crítica del consumismo occidental. En las sociedades ricas (en lo material), y por tanto también en la sociedad vasca, vivimos una era de consumo compulsivo. El consumo cumple funciones claves en nuestras sociedades, y ahí reside su fuerza e importancia: se trata de una necesidad sistémica, de uno de los principales factores de integración social, y de un elemento cada vez más importante de nuestra identidad individual.

En efecto, el consumo es una necesidad sistémica: el sistema capitalista necesita crear continuamente nuevas necesidades de consumo. Es decir, la propia viabilidad del sistema depende de que nosotros desarrollemos un consumo irracional y casi ilimitado. Por otro lado, en la medida en que consumimos nos integramos socialmente, en la medida en que a través del consumo nos convertimos en miembros de la sociedad. Por último, nuestras sociedades han hecho del consumo un soporte fundamental de la identidad individual. De hecho, la mayor parte de actos de consumo no cubren ninguna necesidad objetiva, y poseen su fuerza en el significado simbólico que se les atribuye: el ser humano occidental cubre su ansia de autorrealización y autoconstrucción individual sobre la base del consumo más que nunca. Ahí encuentra uno de los

principales anclajes de su individualidad y su diferencia con respecto a los otros. Por tanto, más que nunca, la propia construcción de la personalidad individual se basa en actos de consumo.

Todo ello nos muestra la importancia y las diferentes dimensiones que adquiere el consumo en la sociedad actual, convirtiéndose en una de las principales fuentes de enajenación de las personas. Pero al mismo tiempo, debemos tomar conciencia del poder potencial que poseemos en cuanto consumidores que somos, en la medida en que un consumo responsable y crítico puede convertirse en un potente arma para avanzar en la transformación social. En opinión de muchos, las futuras concepciones a favor del cambio social engarzarán más con el consumo y con el ciudadano en tanto consumidor, que con el mundo del trabajo. Por ello, subrayamos la importancia de construir modos de consumo críticos, responsables y conscientes.

Por todas las razones aducidas, y porque un modelo de desarrollo sostenible así lo requiere, reivindicamos un profundo cambio cultural, para recuperar 'la noción de lo suficiente' –tanto en el plano personal como colectivo-, y la transformación de la máxima cultural capitalista que afirma que 'cuanto más mejor', por otra cultura que se fundamente en la noción de 'con esto me/nos basta'.

19. De mujeres y hombres

Son muchos quienes afirman que de haber habido una revolución en el siglo XX, esa no es otra que la transformación de las relaciones de género. O dicho de otra forma: uno de los datos más relevantes que ha vertido el siglo pasado es el que habla de la nueva posición social conseguida por las mujeres. Contamos con muchos datos que avalan dicho cambio, y uno de los más importantes se refiere a la integración de la mujer en el mercado laboral. La emancipación económica ha sido y es fundamental en el difícil camino de la liberación de las mujeres. También en la educación se han producido cambios sustanciales. Además, las reivindicaciones a favor de las mujeres han adquirido en la sociedad vasca una fuerza y una legitimación social considerables.

La idea de que la igualdad entre los géneros es ya un hecho, es una idea que está muy extendida, y por ahí pueden presentarse los problemas del feminismo actual, porque dicha idea tiene como consecuencia el debilitamiento de la tensión reivindicativa. En el futuro será importante enfrentarnos a esa idea.

Precisamente por eso, afirmamos que junto a los datos positivos encontramos también datos no tan alentadores. Todavía hoy las mujeres sufren una violencia física brutal por parte de los hombres (además de formas de violencia psíquicas y simbólicas también extremadamente dañinas), con resultado de muerte en muchas ocasiones. Estos hechos evidencian el peso de la cultura patriarcal en nuestras sociedades, las cuales mantienen, en buena medida, las estructuras de poder y relación social basadas en la dominación masculina.

Las mujeres sufren, también hoy, fuertes presiones culturales para que, en lo fundamental, su territorio siga siendo el de la vida privada, y en el proceso de integración en el mundo laboral se ven abocadas a realizar equilibrios imposibles: el trabajo remunerado (integración en la vida pública), y el trabajo en el hogar (las diversas funciones del mundo privado). Debemos romper la línea que separa los mundos público y privado, y para ello los hombres debemos interiorizar cambios de calado. Los desequilibrios en el mundo privado tienen continuidad en las discriminaciones en el mundo del trabajo: por los mismos trabajos las mujeres adquieren ingresos considerablemente inferiores.

El principal objetivo de la lucha feminista es la autonomía de las mujeres. Reivindicamos la participación de las mujeres en todos los ámbitos de la sociedad en condiciones de igualdad, y el derecho de todas las mujeres a desarrollar su propio proyecto de vida. En pocas palabras, las mujeres deben ser dueñas de su propia vida.

Además de las dependencias de tipo económico, son profundas las dependencias culturales y psicológicas que experimentan las mujeres, y que obstaculizan una autonomía más

real. El deseo de autonomía de las mujeres sigue teniendo objeciones importantes en la dependencia económica, pero a medida que se avanza en ese terreno surgen dificultades de otro tipo. La situación de dependencia de las mujeres viene provocada y sostenida por un complejo y profundo proceso educativo basado en una determinada socialización de género. Dicha socialización construye socialmente una determinada configuración psicológica, y esa socialización diferenciada instala a las mujeres en situaciones y relaciones marcadas por la dependencia. Nos encontramos ante modos de violencia más sutiles, que utilizan formas indirectas de perpetuación de la subordinación y la falta de autonomía. Son estas formas de violencia simbólica las que reproducen, en gran medida, la opresión actual de las mujeres, una opresión que se ubica, en buena medida, en el terreno de lo inconsciente.

Las mujeres y hombres de ARALAR reivindicamos nuestro carácter abiertamente antipatriarcal, y pretendemos orientar en esa dirección nuestro compromiso político. Expresamos nuestro compromiso directo con el feminismo (en tanto ideología) y con el movimiento feminista. El feminismo es una de las aportaciones más interesantes realizadas en la sociedad moderna, y así debe seguir siendo.

El feminismo ha introducido nuevos valores y nuevas formas de vida. El feminismo y la lucha a favor de los derechos de las mujeres suponen la exigencia de ir configurando un nuevo mundo emocional y sentimental. Reivindicamos y exigimos tener en cuenta la perspectiva de género en la consideración de cualquier ámbito relativo a la vida social: políticas sociales, medidas de solidaridad, vivienda, planteamientos en torno a la educación, salud... De otro modo, no estaríamos sino ignorando los intereses legítimos de la mitad de la población de Euskal Herria y reproduciendo la dominación masculina.

Las gentes de ARALAR hacemos explícita nuestra vocación antipatriarcal, y al mismo tiempo, queremos reivindicar que el feminismo también es cosa de hombres. La importante transformación de la posición social ocupada por las mujeres exige a los hombres mirarse a sí mismos y cambiar con ellas. Se trata de un camino a compartir, seguramente no siempre y en todos los espacios, pues deben ser ellas las protagonistas principales de esta lucha. Pero los hombres no pueden refugiarse en que el feminismo es una reivindicación de mujeres. Todo proyecto de transformación social debe interiorizar por todos sus poros la lucha en contra de la opresión de las mujeres, y eso supone la implicación de todas las personas que conforman dicho proyecto, desde el respeto a la diversidad.

Por ello, es necesario repensar también la masculinidad, y cuestionar muchas percepciones, valores y actitudes. Se trata también de inventar nuevas formas de ser hombres, y de que éstos tengan la valentía de poner en tela de juicio las formas de vivir, pensar y sentir acríticamente interiorizadas. Los hombres también cuentan con una vía liberadora en el feminismo. Sólo por esa vía es posible que se ubiquen en el territorio de los cambios que las mujeres requieren, y sólo así se estará en disposición de recorrer juntos tal camino.

20. Crisis del empleo, fin de la sociedad del trabajo

El trabajo, o mejor dicho, el empleo (el trabajo remunerado), ha constituido, y constituye todavía, el núcleo central de la organización de la sociedad moderna. El trabajo ha sido la vía para el sustento material, por medio de los ingresos económicos que otorga. El trabajo ha constituido una de las vías más importantes para la integración social, puesto que además de los ingresos económicos, ha integrado al ciudadano en una red de relaciones sociales. Nuestro status social también lo hemos adquirido por medio del trabajo. Asimismo, nos garantiza la seguridad social (desempleo, jubilación, salud...). Y, finalmente, el trabajo también se ha erigido en uno de los aspectos centrales de la identidad personal. A todo ello se le ha denominado la "sociedad del trabajo".

La izquierda y el planteamiento histórico del sindicalismo han tenido mucho que ver en esta exaltación de la cultura y la sociedad del trabajo, puesto que la perspectiva clásica de izquierdas ha sido también la portadora histórica de la ideología trabajista.

Actualmente vivimos el fin de la sociedad del trabajo. El trabajo ha perdido, en gran medida, la centralidad personal y social que tenía en la sociedad industrial. El paro y la precarización del empleo son los acontecimientos que, a partir de la década de los 70, cambiarán la fisonomía del mundo del trabajo. En el plazo de unos pocos años hemos visto quebrarse el estatuto colectivo (derechos y garantías) que durante el siglo XX se ha articulado en torno al trabajo, por la influencia de las diferentes reformas laborales llevadas a cabo por los gobiernos españoles, tanto socialdemócratas como de derechas. El empleo ha perdido muchos de sus derechos y garantías, y las situaciones de los trabajadores han ido diversificándose e individualizándose de manera notable.

La precariedad es uno de los problemas más graves del mercado laboral en la actualidad, y si nos atenemos a las tendencias, en el futuro este fenómeno tiene visos de extenderse aún más. Las principales víctimas de esta tendencia son los jóvenes y las mujeres. La economía y el mercado necesitan de la flexibilidad, necesitan adaptarse constantemente a los ciclos productivos de manera rápida y competitiva, y por ello, sectores de población cada vez más amplios tienen que amoldarse a esas exigencias. Equilibrar la balanza entre las necesidades de la economía y las necesidades de los trabajadores y trabajadoras, constituye un gran desafío de futuro. Se trata de armonizar objetivos económicos y sociales. Para ello, será necesario contraponer a la flexibilidad que necesita el mercado aquello que sea de provecho para los trabajadores y consensuado colectivamente.

Además de los cambios objetivos, también se han producido importantes cambios en el plano subjetivo. Muchos hablan de la desestructuración social de la clase trabajadora: el mundo tradicional obrero no representa ya una cultura determinada, un estilo de vida propio, una localización espacial concreta (barrios obreros), un pensamiento y un proyecto político antagonista y alternativo al orden imperante. En el caso de Bizkaia (el territorio más industrializado de Euskal Herria), la figura industrial clásica representada por los Altos Hornos de Vizcaya ha sido sustituida por el Guggenheim, es decir, por la posmodernidad y el consumismo. Nos encontramos ante una nueva simbología y ante nuevas subjetividades colectivas, y la relativa desarticulación del movimiento obrero es causa y efecto de dichos procesos.

Muchos sectores de la sociedad actual siguen tomando como base el régimen laboral anterior, y basan sus reivindicaciones en la lucha a favor del pleno empleo. Pero el régimen de empleo tradicional (empleos de septiembre a julio, de lunes a viernes, ocho horas al día y 40 años prácticamente en la misma fábrica) vive sus últimos momentos, y todo indica que, en esas condiciones tradicionales de trabajo, el pleno empleo no es ya una opción real. Esto no quiere decir que nos acercamos al fin del trabajo, por mencionar la hipótesis utilizada por algunos, sino que está cambiando la manera de vivir y entender el mismo.

El empleo está enfermo y se necesitarán nuevas medidas para curarlo. Una parte de la izquierda continúa con las viejas recetas, poniendo en el núcleo de la solución, casi exclusivamente, políticas económicas expansivas basadas en el crecimiento económico. Pero está cada vez más claro que el crecimiento económico no conlleva creación de empleo en su misma medida, y que por lo tanto, el crecimiento económico no solucionará por sí mismo el problema del empleo. Han caído antiguos axiomas de la economía. A partir de la aplicación masiva de las nuevas tecnologías en la producción, se produce cada vez más y mejor, con menos trabajo humano. El desarrollo conseguido por las fuerzas productivas hace posible producir cada vez más bienes y servicios, y al mismo tiempo, economizar trabajo humano. La cantidad de trabajo socialmente necesario decrece. Se trata de una tendencia muy importante en estos últimos años.

Sin embargo, y aunque parezca contradictorio, cada vez se trabaja más, o mejor dicho, las personas integradas en el mercado laboral deben adaptarse a disciplinas y ritmos de trabajo intensivos. Este fenómeno se sustenta sobre la base de una nueva cultura empresarial, nuevas formas de organizar el trabajo y la producción. En estos tiempos de globalización la ventaja competitiva de las empresas no se fundamenta tanto en la tecnología (se adquiere lo que está en

el mercado), ni en el capital (el dinero se consigue en el mercado financiero), sino en los "recursos humanos". Por ello, el *management* moderno y los nuevos modelos de gestión participativa exigen a los y las trabajadoras una creciente implicación; se les exige la interiorización de la misión e ideología empresariales. Nos encontramos ante un nuevo contrato social en la empresa que supera con creces la figura del trabajador que vende su fuerza de trabajo, para convertirse en un trabajador implicado intelectual y emocionalmente, y al que se le exige una disposición casi total para el trabajo. La racionalidad económico-empresarial puede haber extendido sus tentáculos hasta los terrenos más íntimos de las y los ciudadanos, en su continua expansión y colonización de territorios que no le pertenecen. Como consecuencia de esos nuevos moldes, han cambiado muchas cosas. Entre otras, el conflicto histórico entre el capital y el trabajo experimenta una mutación de calado histórico.

La nueva empresa definida como espacio de colaboración, y no de conflicto, constituye un fenómeno profundamente ambivalente. Por un lado, el ámbito laboral es definido, desde esta perspectiva, como un espacio para la creatividad y el desarrollo personal; además, la empresa ha integrado elementos que apuntan a cierta democratización de las relaciones laborales, al tiempo que están dejándose de lado las organizaciones jerárquicas y de corte taylorista. Pero por otro, y aquí comienza la ambivalencia, asistimos a fenómenos como el denominado *burn out* (procesos de quema de los empleados), como consecuencia de tener que responder a ritmos de trabajo intensivos y a niveles superiores de responsabilidad individual. Se abre paso la figura del trabajador individualizado, y estamos viendo cada vez más bajas por causas psicológicas. En efecto, 'la corrosión del carácter' constituye una de las consecuencias de estas nuevas formas de organización del trabajo en el nuevo capitalismo globalizado.

A nivel laboral estamos, por tanto, ante nuevos modelos de conflicto que la mayoría de las veces se dirimen en el plano privado-personal. Llevar estos conflictos al ámbito público-político será una de las tareas de futuro, y junto con ello, la reivindicación y protección del mundo de la vida: tiempo libre, ocio, familia, amistades...

La respuesta que tradicionalmente se ha dado al problema del empleo desde una perspectiva de izquierdas, consta de un pilar fundamental: se ha buscado la extensión del empleo, es decir, se ha abierto el empleo y la lógica económica que subyace al mismo, a ámbitos todavía sin comercializar ni profesionalizar. Se han profesionalizado actividades humanas que no han estado subordinadas a la lógica del mercado ni se han ubicado en el seno de la racionalidad económica. Son muchos quienes denuncian que numerosas actividades sociales guiadas por otro tipo de lógicas (el trabajo doméstico y la atención de ancianos son ejemplos de ello) han sido mercantilizados y subordinados a la lógica del dinero. Se trata de la extensión de la racionalidad económica y de la lógica del mercado a ámbitos que, en principio, no son los suyos.

Las mujeres y hombres de ARALAR debemos considerar todas las vías en pro de solucionar el problema del empleo, incluido el último mencionado, es decir, la búsqueda de nuevos yacimientos de empleo. Pero debemos detenernos particularmente en las perspectivas que tengan en cuenta que nos dirigimos a un nuevo modelo de sociedad, perspectivas que pongan mayor atención en las nuevas medidas que en las recetas tradicionales.

Las recetas tradicionales nos pueden llevar a reforzar las situaciones de dualización y de exclusión social. El problema del empleo exige poner en marcha nuevas iniciativas que tengan como norte la reorganización de todo el trabajo que se realiza en la sociedad, incluido, por supuesto, el trabajo doméstico y el trabajo voluntario. Una posible vía la constituye el *reparto del trabajo*, entendido como instrumento para un mejor reparto de la riqueza.

La renta básica puede ser otro de los instrumentos importantes y novedosos en la búsqueda de la solución al problema del empleo, ya que rompe con el fundamento mismo de la sociedad del trabajo: la estrecha unión entre el empleo y los derechos ciudadanos. Es decir, todo el mundo debiera tener garantizado el acceso a una renta mínima, simplemente por el hecho de ser miembro de la sociedad, para que de ese modo tenga la posibilidad de satisfacer sus

necesidades materiales básicas. Toda sociedad debiera asegurar el bienestar material y la vida digna de todos sus ciudadanos.

21. Sobre el Norte y el Sur

Desde que desapareció la tensión Este/Oeste, la dolorosa distancia entre el Norte y el Sur ha ocupado el primer plano. En las últimas décadas, y como consecuencia de la gestión neoliberal del planeta, hemos asistido al aumento de dicha distancia, hasta convertirse en un auténtico abismo.

Si desde una perspectiva global tuviéramos que destacar algún hecho que ilustrase la situación del mundo de hoy, la pobreza en los países que conocemos como Tercer Mundo adquiere quizá mayor relevancia que ningún otro: el dato lo constituyen los millones de personas que la pobreza, las guerras, la malnutrición, el hambre, la falta de agua, la vulneración de los derechos humanos, las enfermedades, y otros males, matan a diario. Sólo el hambre mata diariamente alrededor de cien mil personas, cuando técnicamente existe suficiente comida para alimentar a todos los seres humanos del planeta. Desde una perspectiva global, ése es, a buen seguro, *el dato*; ese es el problema político y ético humano más grave del mundo que habitamos.

Si nos mantenemos en la perspectiva global (y el mundo actual así lo exige), el conflicto entre clases que se da en el interior de cada nación y estado, ya no constituye la tensión central de la civilización capitalista. Actualmente la clave reside en el conflicto entre naciones, regiones, e incluso continentes. El antagonismo principal del tiempo actual se sitúa en una dimensión planetaria, y a buen seguro, este antagonismo supondrá, en sus diversas formas, el conflicto social que marcará el siglo XXI.

Esta tragedia humana cuyas dimensiones apenas alcanzamos a ver con claridad, tiene una clara raíz política. Nos mostramos, con radical convencimiento, en contra de esa gestión política ultra-liberal del mundo que reside en el fondo de la cuestión. La izquierda del siglo XXI tiene que colocar esta tragedia humana en el primer plano de sus responsabilidades políticas y éticas, y las mujeres y hombres de ARALAR aceptamos dichas responsabilidades en la lucha política contra la situación mundial que padecemos. Somos conscientes de las implicaciones directas que una solución justa a este problema tendría sobre nuestra vida cotidiana, y por ello, nos corresponde realizar esfuerzos por desarrollar unos estilos de vida sostenibles y solidarios, implicándonos colectiva e individualmente en esta cuestión.

Reivindicamos el respeto y el cumplimiento de los derechos civiles, políticos, sociales, culturales y económicos de todas las personas del planeta. Entendemos al llamado Tercer Mundo como referente importante de nuestra actuación política, de nuestras iniciativas y reflexiones. Así lo exige un mundo crecientemente interdependiente y globalizado.

Como consecuencia, por un lado, del desequilibrio que acabamos de señalar, y, por otro, del descenso importante de la tasa de natalidad en Euskal Herria, son cada vez más los emigrantes que llegan a nuestra tierra. Además de acoger a esas personas con hospitalidad, tenemos que ir preparando nuestra sociedad para la nueva situación. Cuando los inmigrantes son pocos son una curiosidad, pero si su número aumenta aparecen sentimientos y actitudes xenófobas en la sociedad. La izquierda abertzale ha rechazado desde siempre todo racismo, pero esa actitud ya no es suficiente. Entre nosotros no están muy lejanos en el tiempo los despreciativos del tipo 'Katanga' o 'coreano'. Euskal Herria ha sabido integrar en gran medida la ola inmigratoria de los 60, pero la nueva inmigración será más difícil de integrar por la mayor distancia de los valores culturales, religiosos y de otro tipo. Hay que avanzar con los inmigrantes en el camino de su integración en Euskal Herria, desde el respeto a los derechos humanos, la igualdad de sexos y el laicismo. Los hombres y mujeres de ARALAR, desde la denuncia de las posturas xenófobas, trabajaremos para configurar una sociedad vasca construida en el mutuo respeto entre los autóctonos y los emigrantes.

22. La sociedad vasca del futuro, una sociedad multicultural

La diversidad cultural será una de las características principales de la sociedad occidental del futuro, también de la sociedad vasca. Como consecuencia de los movimientos migratorios, las sociedades desarrolladas son cada vez más diferenciadas hacia adentro, y se nos quedan anquilosadas las imágenes uniformes y homogéneas de antaño. En vista de las tendencias, este hecho adquirirá mayor relevancia en los próximos años.

Debemos darnos cuenta de la importancia y el desafío que supone este hecho en la sociedad vasca actual. Los emigrantes, sin apenas opción alguna en sus países, recorren el duro trayecto hacia el mundo rico buscando las oportunidades que supuestamente les ofrecerá dicho mundo. Ya son parte de nuestro paisaje social, y, además de ello, deben formar parte del entramado de derechos civiles, políticos, religiosos, culturales, sociales y económicos que nos corresponden a cualquiera de nosotros. De otro modo, estaríamos legitimando la existencia de ciudadanos de segunda clase.

El fenómeno de la inmigración ha comenzado a tomar una dimensión relativamente importante en zonas concretas de la sociedad vasca, y tiene implicaciones en varios ámbitos de la vida social: en el económico, político, sociológico, cultural, educativo, sanitario, en las políticas de bienestar social, en las políticas de vivienda, en las planificaciones lingüísticas... Esto puede crear tensiones a corto plazo, y ante ello, los que configuramos el espacio político y social de la izquierda debemos estar alerta en la defensa de los derechos de los inmigrantes, reivindicando políticas a favor de su bienestar social, y activando expresiones de solidaridad.

Todas las sociedades deberán realizar esfuerzos para administrar sabiamente la diversidad e interculturalidad, y de ese modo, aprovechar las oportunidades de enriquecer la convivencia humana. En nuestro caso este desafío toma una dimensión más profunda, puesto que conformamos una sociedad que posee una realidad identitaria y cultural más compleja que otras. La nuestra es una sociedad no estructurada en torno a un modelo cultural e identitario único y estable. Se trata de una sociedad que cuenta con una lengua minorizada y en serio peligro de extinción. Y en este peculiar territorio un movimiento migratorio considerable crea mayores desafíos.

Debido a las condiciones estructurales de nuestra sociedad debemos realizar un esfuerzo añadido. El movimiento a favor del euskera y la red educativa vasca tienen nuevos retos y de gran calado histórico. Es posible que nos encontremos, desde la perspectiva de la cultura vasca, ante un nuevo ciclo histórico. Tomar conciencia de ello supone el primer paso. Después, se impone una reflexión con el objeto de determinar las estrategias para hacer frente a los nuevos desafíos.

El hecho de pertenecer a una cultura como la vasca que se mantiene en un desafío de vida, nos hace especialmente sensibles ante las dificultades que puedan experimentar los y las emigrantes, en sus obstáculos y dificultades a la hora de intentar vivir con normalidad su diferencia. Nuestro punto de partida es el respeto a todas las identidades culturales y el derecho al desarrollo de todas ellas. Como consecuencia lógica, nuestro norte es la defensa del euskera y de las señas de identidad vascas, en convivencia con otros modos de vida, con otras lenguas e identidades.

Por otro lado, al igual que asistimos a una pérdida progresiva de la biodiversidad y una crisis ecológica sin precedentes, en el mundo globalizado actual se está produciendo una pérdida progresiva de la diversidad cultural, y toda la humanidad pierde un patrimonio que es de todos. El modelo de civilización capitalista en su fase de globalización planetaria, además de destruir el medio ambiente, provoca el aniquilamiento de la diversidad humana. Este mundo crecientemente globalizado es un mundo en el que se va extendiendo el sufrimiento producido por procesos de debilitamiento y de pérdida progresiva de las propias referencias culturales e identitarias.

Por todo ello, reivindicamos el derecho de autodeterminación de todos los pueblos del planeta, así como el derecho a defender y ejercer la propia identidad y diferencia cultural. La

defensa de la diversidad cultural del planeta y el derecho a desarrollar la propia identidad, serán algunas de las grandes cuestiones del futuro.

23. Pluralismo, individualismo y crisis de sentido

Uno de los ejes principales de las sociedades modernas es el pluralismo. En las sociedades tradicionales (precapitalistas) una única fuente de verdad gobernaba el colectivo humano y la existencia del individuo. La religión ha ocupado tradicionalmente ese lugar de fuente única de sentido, y por ello, ha cumplido un importante papel como factor integrador de las distintas comunidades en la dilatada historia de la humanidad. La religión en sus diversas versiones ha sido la institución que ha ofrecido el marco de interpretación del mundo y las formas de orientación en el mismo.

En la actualidad, quienes habitamos las sociedades modernas no compartimos una única y exclusiva manera de ver el mundo. El advenimiento de la era moderna ha supuesto el final del monopolio del sentido de la existencia y de la verdad. En dichas sociedades se diversifican las instancias que nos proveen de sentido (diferentes religiones, diversas ideologías...), son muchos los estilos de vida, las posturas éticas y estéticas, las posibles articulaciones de la identidad... Los múltiples "nosotros" que conviven en la sociedad se articulan sobre la base de criterios normativos, políticos, sociales e identitarios diferentes.

Por tanto, el pluralismo es una característica estructural de las sociedades modernas. En dichas sociedades la gente no cuenta con una explicación única y segura del mundo. El sentido de la vida ya no viene dado, y aparece la posibilidad de elección y adhesión a una u otra forma de ver las cosas. A falta de una brújula segura y omnipotente que nos oriente en el mundo, cada barco individual deberá crear su propio giroscopio. Como consecuencia de ello, por una parte, el pluralismo diversifica y enriquece (afortunadamente) las opciones de elección y vida; sin embargo, por otro lado, el pluralismo provoca el debilitamiento de los sistemas de significado colectivos y nos empuja hacia formas de existencia crecientemente individualizadas. Corremos el riesgo de la falta de sentido y la soledad, sobre todo cuando ésta no responde a una opción voluntaria (por ejemplo, el caso de nuestros mayores, pero que va extendiéndose a cada vez más sectores sociales, sobre todo en los núcleos urbanos).

La sociedad vasca es una sociedad moderna, y por ello, se trata de una sociedad plural en su misma esencia. Pero además de su carácter de sociedad moderna, la sociedad vasca, a diferencia de otras muchas sociedades modernas, está cruzada por una falta de consenso en lo que respecta a aspectos básicos y fundamentales de la misma: la identidad nacional y cultural de sus gentes. Las mujeres y hombres de ARALAR consideramos importante tomar conciencia de esa profunda pluralidad y manifestar respeto y aprobación para con todas las manifestaciones del sentir de las gentes que conformamos la sociedad vasca. La democracia, de hecho, puede ser definida como la política de reconocer al otro. Junto con ello mostramos nuestro más firme deseo y vocación de actuar en la lucha democrática a favor de nuestra identidad nacional y cultural.

En lo que respecta a las tendencias actuales de privatización de la vida y crisis de sentido, Euskal Herria mantiene diversas realidades comunitarias que equilibran y amortiguan las tendencias excesivamente individualizantes. Si comparamos la sociedad vasca con otras sociedades, contamos con redes relativamente densas de integración comunitaria y grupal del sujeto individual, y mantenemos algo más sólidas ciertas instituciones y raíces comunitarias (importancia de la vida y las relaciones sociales en la calle y en el espacio público; la relevancia del compromiso político; la solidez de instituciones sociales como la cuadrilla; una amplia red de grupos y organizaciones sociales, y un rico asociacionismo...). Pero resulta más conveniente fijarse en las tendencias generales, porque tenemos datos que reflejan un proceso de debilitamiento del tejido social y de desactivación de muchas de las realidades mencionadas. Las tendencias individualizantes adquieren especial fuerza en los núcleos urbanos.

La vida provista de sentido sólo puede construirse en interdependencia con los demás (puesto que el sentido es una categoría y un producto social). En la vida social de los humanos se evidencia claramente que las personas sentimos que nuestra vida posee sentido en íntima relación con la importancia que tenemos para los demás y con la importancia que los demás tienen para nosotros. La posibilidad de dotar de sentido a la vida no puede ser entendida al margen de relaciones con los demás: lo que somos para los demás y lo que los demás son para nosotros, en esa interdependencia afectiva se sostienen los humanos.

En las sociedades modernas desarrolladas, vivimos gentes con formas de vida cada vez más individualizadas. Ha adquirido una fuerza social inusitada la idea de que cada uno de nosotros puede y debe construir un proyecto exclusivamente individual, como si la vida se construyera a partir de un proceso exclusivo de autogénesis (experimentamos la autoconciencia de que somos individuos aislados, una especie de *homo clausus*), olvidando las densas interdependencias que inevitablemente forman parte de lo que somos. Se va extendiendo dicha idea a modo de axioma cultural: vivimos la *oportunidad* de la autoconstrucción y la autorrealización individual como nunca antes, y al mismo tiempo, experimentamos el *imperativo* de desarrollar un proyecto de vida profundamente individualizado, que además debe ser exitoso y coherente.

La posibilidad del proyecto individual de vida es uno de los logros más importantes de las sociedades modernas, y sin embargo, al mismo tiempo, tiene sus costos: uno de ellos lo constituye la dificultad de vivir con sentido. En nuestras sociedades avanzadas los elementos de sentido son crecientemente construidos en el ámbito privado de la vida (familia, relación de pareja, amistad...), sentidos que resultan generalmente débiles y precarios.

Con esto, por supuesto, no hablamos de la necesidad de una especie de regresión colectivista, ni mucho menos. Pero vemos la necesidad de otorgar a la dimensión comunitaria de los seres humanos la importancia que realmente posee. Si tenemos en cuenta que los seres humanos somos seres sociales y que la necesidad de los otros está en la esencia misma de nuestra naturaleza, los procesos de atomización social que padecemos en las sociedades avanzadas pueden convertirse en el futuro en una fuente de sufrimiento cada vez más importante. La crisis de sentido que experimentan crecientemente las personas de las sociedades modernas puede ser entendida como una consecuencia de la desvertebración social de dichas sociedades, más aún en tiempo de importantes mudanzas, cambios sociales y mutaciones históricas.

Además de lo mencionado, el hecho de que la economía se haya erigido en el principio nuclear de la civilización occidental (mucho más en tiempos de globalización neoliberal) refuerza la pérdida de sentido de nuestras sociedades. La razón técnica y el cálculo económico se han convertido en principios casi absolutos de la vida social, y vivimos en un sistema que ha convertido la razón tecno-económica y científica en una finalidad en sí misma, y no en el medio para un proyecto de 'sociedad decente'. Se trata de una tendencia más o menos estructural de las sociedades modernas, por la cual aquellos valores, significados y sistemas de sentido que escapan a la pura racionalidad instrumental son enviados a los márgenes de la vida social.

Pues, en estos tiempos, nos sentimos comprometidos en la labor de construcción social de otros sentidos sociales, en el quehacer colectivo a favor de la búsqueda de otras melodías. Siempre a partir de la búsqueda de sentidos grupales equilibrados que respeten y potencien la autonomía individual. Esta será una de las necesidades profundas de las sociedades avanzadas del futuro, y por tanto, también uno de los focos de preocupación de la izquierda.

Por todo ello, no podemos considerar estas cuestiones como fenómenos alejados de la política, pues supondría desvincularse de uno de los hechos sociales que provocarán (que provocan ya) sufrimiento y un nuevo 'malestar sin la cultura'. Las sociedades con un alto nivel de bienestar material experimentan procesos de crisis de sentido como consecuencia del debilitamiento de los vínculos afectivos y la desintegración de los grandes sistemas colectivos de significado. Al mismo tiempo, en el marco de un mundo crecientemente globalizado y marcado por la expansión del modelo de civilización occidental, también otras zonas del mundo

experimentan el debilitamiento de sus sistemas de sentido y sus formas de vida tradicionales, y como consecuencia de ello, asistimos a situaciones altamente conflictivas.

En lo que respecta a nuestra sociedad, los hombres y mujeres de ARALAR deseamos la reconstrucción equilibrada de los espacios comunitario-colectivos y de los actores sociales progresistas, pues en ese terreno nos jugamos la cultura de la solidaridad y de la vinculación. La defensa de la recomposición de la plaza pública debe partir del profundo reconocimiento a valores centrales como la individualidad y la responsabilidad individual.

Reivindicamos el *derecho a vivir con sentido*, pues la necesidad de sentido constituye una de las características básicas de nuestra naturaleza antropológica.

24. El derecho a morir con dignidad

El importante avance de las ciencias de la salud, además de mejorar la salud de las personas y alargar de forma muy importante su esperanza de vida, ha tenido también consecuencias no tan positivas. Con la ayuda de la tecnología se puede alargar la vida de una persona en situaciones que sin esa ayuda no sería posible. Además, como consecuencia de ciertas enfermedades muchas personas están condenadas a vivir con una nula o muy mala calidad de vida.

ARALAR reivindica, en esas situaciones, el derecho a morir con dignidad. Si una persona en esas condiciones elige libre y conscientemente poner fin a su vida, reivindicamos que tiene derecho a ello. En el caso de los enfermos terminales no estén en condiciones de consciencia para tomar una decisión, los familiares tiene derecho a tomar la decisión de interrumpir las terapias que alarguen artificialmente la vida.

Por último

25. Por una recomposición del espacio político-social de la izquierda

Actualmente, las fuerzas de la izquierda están divididas en la sociedad vasca. La propia izquierda abertzale está desgajada en varias expresiones políticas. Esta situación de división sólo beneficia a las fuerzas contrarias a la transformación social. En este mundo globalizado es necesario empujar en la dirección de buscar espacios de encuentro entre las diferentes realidades y sensibilidades de izquierdas. También es necesario hacerlo en Euskal Herria.

Por ello, ARALAR se ve y se entiende a sí misma como una más en el espacio social progresista compuesto por otras fuerzas políticas y sociales. Además de los diversos movimientos sociales, dicho espacio está constituido por múltiples agentes: Zutik, AB, Batzarre, Batasuna, ELA, LAB, ESK, EHNE, EILAS, Ezker Batua, Gogoia, algunos sectores de EA, ciertos sectores del PSE y del PSN...

Además de ubicarse a sí mismo en dicho espacio plural, ARALAR trabajará a favor del entendimiento entre quienes conformamos tal espacio, con el objeto de reforzar la influencia social de la izquierda y potenciar los sentimientos a favor de la transformación social.

Pero, sobre todo, reivindicamos la necesidad de convergencia de los distintos agentes socio-políticos que conforman el universo de la izquierda abertzale (Batasuna, Zutik, Batzarre, AB, ARALAR), partiendo de la base de que para activar dicho proceso se requieren condiciones adecuadas, y hoy por hoy no parece que nos encontremos cerca de esta posibilidad. En este sentido, pretendemos ser parte activa en la labor de abrir espacios y dinámicas de entendimiento entre las diferentes fuerzas de izquierdas. En especial, deseamos que se produzcan movimientos de convergencia en el seno de la izquierda abertzale, y nos comprometemos en la tarea de trabajar en el desarrollo de las condiciones necesarias para ello.